

D. Garcia Reyes

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

PASATIEMPOS

POESIAS

R. 16.779



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2

1885.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

MÁLAGA.-TIP. DE R. GIRAL, TOMÁS DE CÓZAR 9.



AL LECTOR



DESCORTESÍA fuera en mí, si al publicar otro libro, peldaño nuevo de la gran cumbre a donde mi deseo vuela, sin que yo por eso llegue, no hiciera constar ante todo, mi gratitud á los que sin conocerme y solo por amor á la literatura, acogieron con tanta benevolencia mis siempre poco esmeradas producciones, y dirígese particularmente el testimonio de reconocimiento, á la región toda de mi hermosa Andalucía.

Circunstancias imprevistas han hecho imposible que aparezca esta obra precedida de un prólogo, por autorizada firma: la precipitación con que han sido confeccionados los últimos pliegos á fin de servir la suscripción oportunamente, hicieronme asimismo eliminar algunas notas que creía necesarias, especialmente las que se relacionan con las composiciones, «Recuerdos», «D.^a Juana la Loca» y «El Peregrino»; pero haciendo constar al mismo tiempo que la omisión del prólogo, y las notas, quedará subsanada en la nueva edición que actualmente, en Madrid se confecciona.

Con tales aclaraciones hechas, cümpleme ahora añadir breves frases: yo quisiera que PASATIEMPOS fuese un verdadero tomo de poesias: no lo es, y allá por los rincones de mi cerebro, surge á veces idea consoladora, y me acaricia y me halaga y me satisface, porque en voz amiga, diceme al oido:—Si eres poeta ¿que te importa no serlo cuando escribes!

EL AUTOR.



RECUERDOS

AL SR. D. LEOPOLDO CÁNO Y MASAS.

Era una tarde; con divino halago;
como beso de paz y de cariño;
con ese encanto misterioso y vago
que no define el corazón del niño,
las balsámicas brisas otoñales,
á las que perfumaban los aromas
de jazmines y acacias y rosales
y el blanco lirio de las altas lomas,
acariciaban con amor mi frente;
era aquella caricia blando arrullo;
era de afán abrazo reverente;
era rayo de luz esplendorosa,
que las hojas abriendo del capullo
besaba el caliz de la casta rosa.

Dejad, recuerdos de la infancia mia,
que el pensamiento aquí doliente os grave!
sois la maceración y la agonía
de un corazón de aromas y poesía,
que necesita odiar y odiar no sabe!

Dejad que aquí la llama gigantesca,
que de venganza enciende el desvario,
salvaje grito de protesta sea,
y al par, lamento del martirio mio!

Si inspiración me falta y luz divina;
si blasonar no puede sus bellezas,
en mi cantar, la imagen peregrina;
si carece de fulgidas grandezas,
fondo y color y espléndidos celajes
y horizonte y armiño y arreboles,
puedo arrancar al cielo sus encajes;
rayo de luz arrancaré á los soles;
sus nevados matices á la aurora,
cuando en alegre, plácida mañana,
derrama perlas en la rica flora;
y para más contrastes y alegrías,
mis cantares tendrán las armonías
que el Universo guarda soberano;
del fondo arrancaré del Océano
los alcázares régios de corales,
y del alma tendrán el embeleso,
cuando la brisa, con doliente beso,
acaricie temblando sus cristales.

¡Era una tarde! Mi alma parecía
dilatarse en aquellos horizontes,
á los que estenso límite ponía
la inmensa faja de los negros montes;
y como fiel, intrépido marino,
que busca en otros mares y otras tierras,
de soñada region, vergel divino,
mi pensamiento yá, luchaba en vano,
por asaltar los picos de las sierras
y ver el «más allá»; grandioso arcano
de ignoradas, eternas maravillas,
que santifica el alma de rodillas.

—

Y cual gigante rotacion del trueno,
que en el espacio, pavoroso estalla;
como brillante mar de encanto lleno,
que rompe fiero, la imponente valla;
como si al gravitar en el vacío
los misteriosos mundos ignorados,
de Dios por el inmenso poderío,
rotos y sin concierto y desquiciados
y en espantable confusion grandiosa,
á los abismos hondos de la nada
bajaran todos á buscar la fosa,
con esa misma fiera sinfonía,

desde su puro, virginal santuario,
oyó por vez primera el alma mía,
el ronco grito revolucionario!

¡Ay! con el puro encanto de la infancia
qué vé al gigante donde está el pígemeo;
velo que al niño pone la ignorancia,
aunque para romperle esté el deseo,
inocente, miré á la pátria mía,
haciendo ya pedazos las cadenas,
por la sangre, con sávia de hidalguía,
que late noble en sus ardientes venas.
¡Dichas que yo soñé! como las alas
de la virtud, las quema la lujuria
con su impúdico beso de bacante,
y rotas quedan sus divinas galas,
de la pasion al estallar la furia,
se oscureció la luz! cayó el gigante!
Y de entre las sombrías aureolas,
de donde hicieron pechos castellanos
nacer las libertades españolas,
como rompiendo nubes brotan soles;
de aquel alarde noble de bravura
que asombro santo de los hombres era;
de aquel cielo de espléndida hermosura,

en embrion no más; como el encanto
no comprendido aún de la esperanza,
que triste luego se disuelve en llanto,
cuando la negra realidad avanza;
como grata ilusion que el alma espera
sin definirla, sí; como el delirio
que el divino placer arroja en brumas,
ilusiones celestes, ¡ay! que el viento
las vá alejando como blandas plumas
y al alma dando torcedor martirio,
ni aún retenerlas puede el pensamiento,
orgullosa y altiva y esplendente,
rayo de sol en plácida mañana,
y haciendo erguida levantar la frente,
la bandera flotó republicana!...
¿República? ¡Jamás! Que fué torrente
de la sangre de un pueblo generoso;
plaga del cielo fué para esta tierra
que disfrutar ansiaba ya el reposo!
luto y desolacion y espanto y guerra!
¿Y tuvo séres mi valiente España,
que tras la sombra del titan, velados,
al ágio fueran y cobarde saña...?
¡No castellanos son; que son menguados!
Misteriosa bandada de chacales,
—no de mi pátria ya bravos leones,—
que habeis sembrado destruccion y males...!
Y descendientes sois de los varones,
íncritos caballeros afamados,

bravos en guerra y en saber profundos,
que con sangre, dejaron enclavados
los altivos ibéricos pendones.
y la gloria de España en otros mundos?
¿Sois vosotros, espúreos descendientes,
de aquel noble puñado de valientes
que de la independencia al ronco grito,
como rayo que truena en lo infinito
desgajando los ejes de la tierra,
contestó al invasor, «Venganza y guerra!»
los que á la España hundís en el desmayo?...
Tempestad de mi pecho! Ruge indómita
y revuélvete fiera y salte el rayo!

Tronó el cañon! La nacional bandera
cuyos gloriosos, últimos girones,
en sangre tintos, los dejó la fiera
gente africana, y onduló altanera
despues en sus soberbios torreones,
escarnecida fué y ajada y rota
por los hidalgos españoles fieles,
y no bandera yá; peste que azota,
dejando triste, sus gigantes huellas,
de espanto y luto y destruccion y ruinas,
de Andalucía en las ciudades bellas,

en la ibera nacion, flores divinas;
allá, del Norte frio en las regiones
que la Historia alabó, con fúria estraña
la metralla rugió de los cañones,
y pedazos se hacian los leones
y las banderas de mi vieja España:
y desgarrado el corazón de pena;
ludibrio siendo de extranjera gente,
tigre que goza en la desgracia agena,
el castellano vió, de Cartagena
en el sereno mar, rojo torrente
de la española sangre que vertía
en su iracunda rabia, el desenfreno
que desbordado en la nacion rugía,
con sus gigantes alas tenebrosas
tegiendo lutos y cavando fosas.

Huyó la luz; mientras el ángel santo
que la paz simboliza, tristemente
vertía mares de abundoso llanto
y en roja grana se tiñó su frente
por la vergüenza al par que los enojos,
¡ay! plegando las alas celestiales
y á Dios volviendo los divinos ojos,
doliente repetía:—¡Castellanos!

Cesen yá de brotar esos raudales
de sangre criminal, pues sois hermanos;
¿Queréis República...? ¡Sed republicanos!
Si queréis Libertad, ¡sed liberales!

Eco del alma que murió perdido
para más decepcion y más ultraje,
entre el ¡ay! doloroso del herido;
del vencedor, los cantos; el salvaje
rugido del cañon, que ametrallaba
al indefenso niño y las mujeres:
el viva ardiente al pabellon que ondea,
y el agudo clarin, que retumbaba,
incitando á los bélicos placeres
del botin y la sangre y la pelea!

Ví cadáveres cien amontonados,
despojos de una guerra fratricida
sobre la faz de la nacion lanzados:
con el torrente rojo y humeante
de la sangre del padre, al niño imbele,

salpicar inocente su semblante:
con el púdico pecho ensangrentado,
doliente vióse á la leal matrona,
muriendo fiera de su honor esclava:
la vírgen pura, sucumbiendo brava
por defender su virginal corona...
y tú, padre, también! Rayo! Agonía!
Rugir de tempestad! Muerta esperanza!
venid todos, y dad en mezcla impía,
salvaje nota á la garganta mía
para entonar el grito de venganza!

—

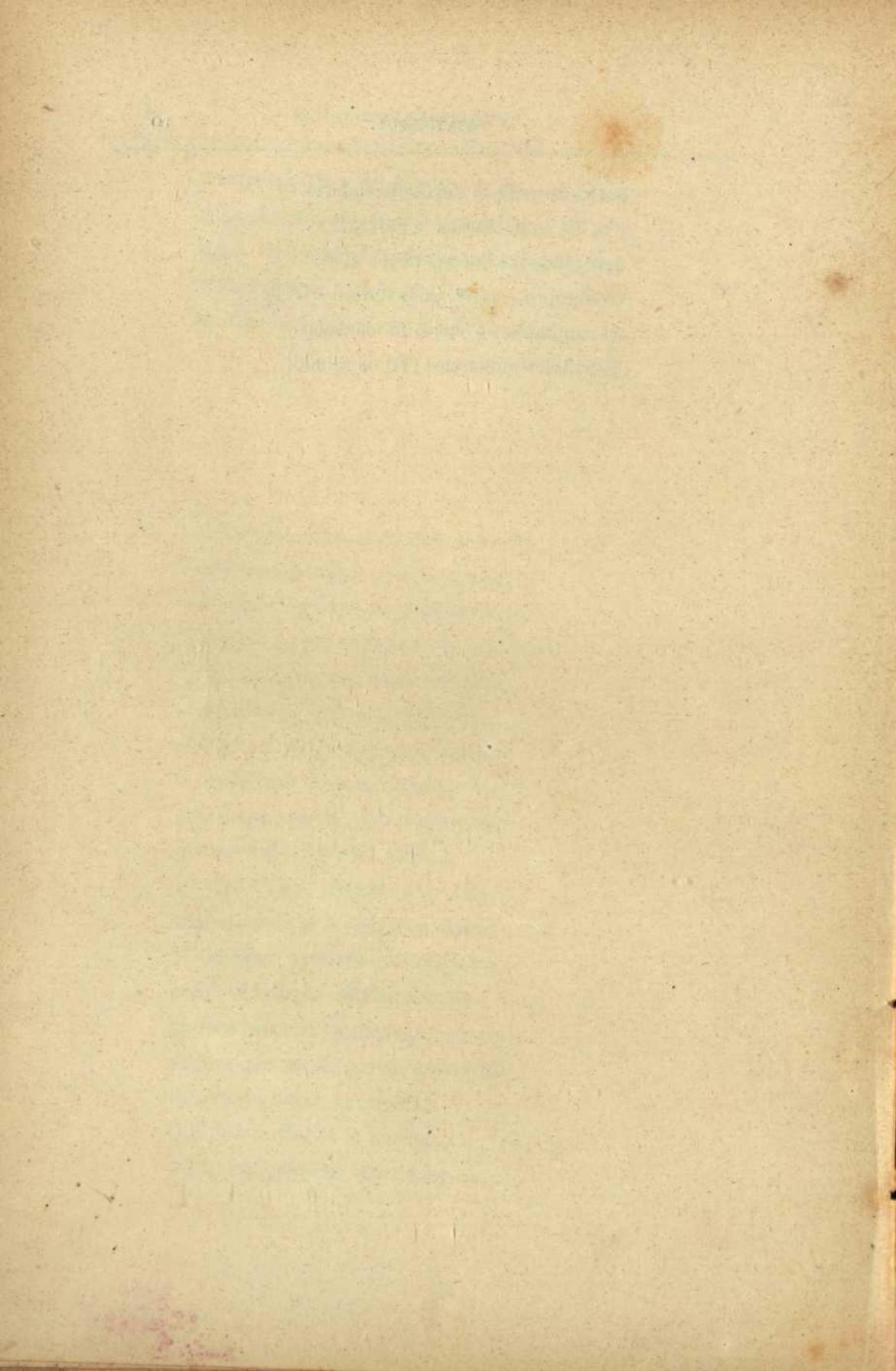
¡Ay, padre mio, nó! que tu cariño,
el alma ya forjó del caballero,
cuando quedaba en la horfandad el niño!
La venganza es demonio que esclaviza
y á la pasión impura nos provoca,
y cruel, la existencia se desliza,
si del encanto triste dominados,
con ansiedad no liba nuestra boca
los embelesos del placer soñados.
Pero ¡ay! que cuando pasa el desvarío,
la incitadora risa, se convierte
de vil sarcasmo en dolorosas muecas;
cúbrese el alma de sudario frío;

y entre las flores del pasado, secas,
al alma triste que venció la muerte,
lápida sepulcral el pensamiento
doliente pone y en la fría losa,
escribe luego Dios: «Remordimiento.»

—

Fué para mí funesta tu hermosura,
República del alma, y nó te adoro,
aunque he vertido á tu recuerdo lloro
y aunque he soñado con tu imágen pura.
Pero viven perenne en mi memoria,
con lágrimas y sangre señalados
los episodios tristes de tu historia,
á mi doliente corazon ligados:
y al contemplarte, púdica doncella,
que tuvo galas y vivió señora,
bendita vírgen, misteriosa y bella
que enamorada la hidalguía adora;
al ver hechos pedazos tus cendales,
como se rompen débiles cristales,
te lloro muerta; te consagro amores,
y ántes que ver de nuevo, conmovido,
en girones flotar, enrojecido,
el divino cendal de tu pureza,
por la impudicia de feroz corsario,

que el oprobio te dió como sudario,
y te dió como tumba la bajeza,
devorando las hondas penas mias,
yo siempre acataré, pues son mi escudo,
las temblantes y viejas monarquías.
¡Españoles monarcas! ¡Yo os saludo!





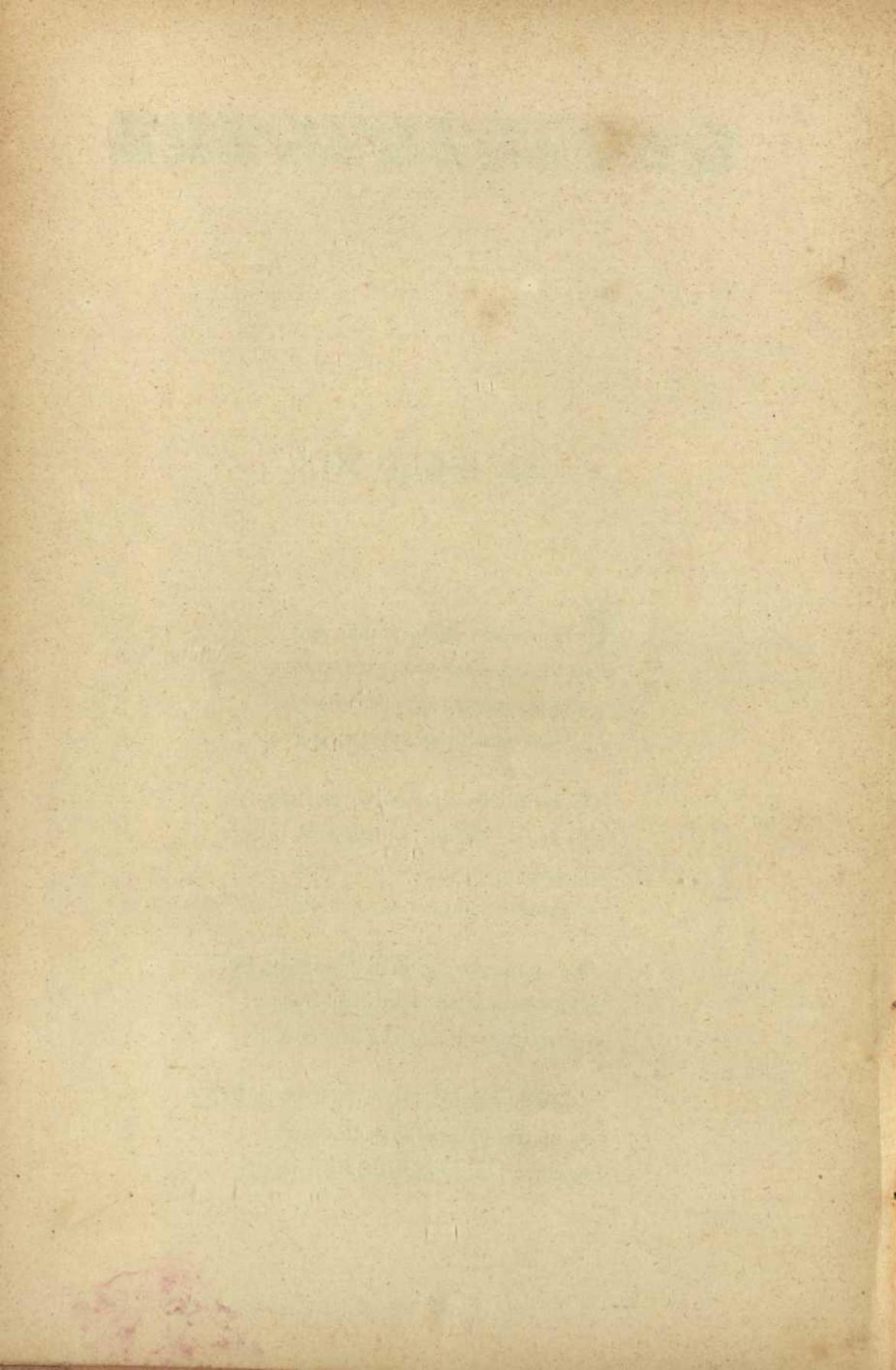
EL SIGLO XIX.

Por invisibles génius impulsado,
velóz avanza como el pensamiento;
lo arrastra todo en su rodar violento;
lo empuja todo de su afán llevado.

De los mares el fondo ha registrado;
de la celeste esfera el movimiento;
detiene el rayo su poder sin cuento,
y ciudades y mundos ha enlazado.

En su marcha vertió grandes bellezas;
conceptos puso en la abrasada mente;
sembró dichas y glorias y tristezas....

—Paso!—grita al andar.—Hundid la frente!
Soy un tren recargado de grandezas,
que corre á la estacion del siglo veinte!





LA COPA DEL DOLOR.

EL POETA Y EL ALMA.

Ya está rota, ¿la ves? desparramados
se encuentran por el suelo sus cristales;
esa copa encerró todos los males,
en el fondo del alma ya escanciados.

Ya mis dolores quedan olvidados,
de la paz en las dichas celestiales,
como al invierno olvidan los rosales,
de rojos broches al estar cargados.

¡La copa del dolor! Con alegría
la miro rota y de placeres lleno...
pero... ¿Porqué te quejas, alma mia?

—Porque conmigo llores si eres bueno;
rota... pero olvidabas que yo había
apurado ya todo su veneno!



DOÑA JUANA «LA LOCA»

(CAMINO DE TORDESILLAS.)

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE CASA-LORING.

I.

Declinó la tarde hermosa;
y despues que el sol moría
cual cierra el cáliz la rosa,
de entre la niebla medrosa
surgió la noche sombría.

Y fué noche de quebrantos!
de esas noches, que bañada
el alma parece en llantos
y perdidos sus encantos
y por la pena enlutada.

De esas noches, que los vientos
parece que lanzan quejas,
y luchan los pensamientos,
y se oyen tristes lamentos,
y se oyen tristes consejas.

En sombríos pabellones
el cielo, allá se partía;
y entonando sus canciones,
en los viejos torreones
el viento se retorció.

Como invisible serpiente,
se iba furioso enroscando,
al muro, al foso y al puente,
fiereza dando al torrente
y fuerza á las lluvias dando!

Y cual si también á guerra
la promovieran alevés,
con seco vibrar que aterra,
se unen y azotan la tierra,
lluvias y vientos y nieves!

¡Noche de pena y tristuras
y endriagos y maleficio!
¡Qué tristes las sepulturas!
¡Y sobre hermosas venturas,
cuán torpe acechando el vicio!

¡Y sin que marque su huella
como faro misterioso
en los cielos, una estrella,
que borde tranquila y bella
su largo feston medroso!

Sin que agradables fulgores
disipen las sombras vanas,
ni alejen sueños traidores,
el cantar de los pastores
y el vibrar de las campanas!

Mas no! en el árbol copudo
que en la verde primavera
tuvo galas, hoy desnudo,
encontrar asilo pudo
el ave triste agorera...

Y desde el ramaje muerto
de algun ciprés funerario,
malévolo y fijo y yerto,
y por la nieve cubierto
su plumaje, cual sudario,

lanza á los aires perdido,
el son de sus cantilenas,
que en desgarrado gemido
predicen muerte y olvido!
predicen llantos y penas!

II.

Y entre el rugido fiero que zumba del torrente,
y el trueno que trepida y el férvido aquilón,
allá, lejanos, tristes, se escuchan de repente
gemidos y plegarias, y rítmica doliente,
de fúnebre cortejo que avanza en procesión.

En hombros conducido por nobles campeones,
un féretro descansa, en negro palanquín,
cubierto de lujosos y fúnebres crespones,
á los que ornamentaban espléndidos blasones,
que no alargar pudieron del poderoso el fin.

Se oyen tristes sollozos y crugir de armaduras
y pisar de caballos, y en lento caminar,
sin temer asperezas, ni las fatigas duras,
mientras el pensamiento baja á negras honduras,
el cortejo atraviesa la villa y el lugar.

¡Qué triste, Dios bendito, en el espacio ondea
la luz de las antorchas, que allá en el torreón,
mientras el viento ruge, seagita y serpentea,
cuando el cortejo pasa, con beatífica idea
sostienen escuderos del súbdito infanzón!

Y el séquito, que forman obispos y prelados
y grandes ricos-homes de fuero señorial,
seguidos de escuderos y pages y soldados,
con lanzas y timbales y cascos acerados,
prosigue lentamente su marcha funeral.

Detiéndense de pronto; llorosos y afligidos,
junto al féretro ponen el funeral hachón,
y levantan los paños, en donde confundidos,
águilas y leones en bordados lucidos,
demuestran claramente lo régio del blasón.

Del Austria y de Castilla, allí el poder se hermana:
de un rey es el cadáver y fué el presagio fiel!
Después de muerto, anduvo por tierra castellana
más que lo hiciera en vida, el rey que á Doña Juan a
de amores volvió loca y así murió por él.

Y el humo de la antorcha de alguno, que rehacio,
allá en el fondo oscuro, quedó sin avanzar,
se eleva en espirales al etéreo palacio,
como vagos espíritus que pueblan el espacio,
y giran y se alejan y mueren al flotar.

En otro lado brilla, de calcinada tea,
doblada y luminosa, la vacilante luz;
tambien el amarillo blandón chisporrotea,
y cerca del cadáver, su libro santo hojea
un monge que severo se oculta en el capúz.

Rugáz la frente pálida, y hundida la megilla;
inquieta la mirada, girando en derredor,
la rica fembra hermosa, la reina de Castilla,
ante el féretro régio, doblando la rodilla,
suspira y llora y reza, muriendo de dolor.

¿Quién ¡ay! desolada su pecho desgarrando
le hace mares de lágrimas doliente así verter?
pareciendo sus tocas, en los aires flotando,
las celestiales alas de un ángel que volando
sobre la muerte vino sus gasas á tender.

Qué apuestas y garridas! Qué tristes y enlutadas
á la doliente reina cercan damas de honor,
y del insomnio pálidas, esperan resignadas,
á que las hondas penas que gimen abrazadas
al pecho enamorado, mitiguen el dolor!

¡Qué tristes, en aquella letal melancolía,
recuerdan los dichosos momentos de placer!
De bélicos cantares, la ronca sinfonía!
De dulces serenatas, la plácida alegría!
Las rítmicas dulzuras del bello gay saber.

Allá cuando en las fiestas de juegos y torneos
flotaban banderolas en grata animación,
y ardiente la mirada, callando los deseos,
y en sonrisas cobrando dulcísimos trofeos,
por dama y Dios y rey justaba el campeón.

Qué plácidos recuerdos! Qué ideas peregrinas!
Qué dulce encantamiento y delicioso edén
de blondas y escarcelas y pieles cebellinas;
de mantos estrellados, de galas femeninas;
de flores y joyeles en mágico vaivén...!

¡Cómo entonan los vientos sus cantos funerales
por el alma en descanso del noble rey galán!
¡Cómo vierte la reina lágrimas en raudales,
de sus ojos, estraños, misteriosos fanales
que lanzando sombrías llamaradas están!

Ni mundos, ni cantares, ni aromas, ni poesía,
nada más que en los restos que guarda el ataud;
allí la oscura noche y el espléndido día;
allí la paz grandiosa que el corazón ansía,
y pudor y ansiedades, y amores y virtud.

Qué desgarrado mundo! ¡Qué ideas se desatan
en la mente abrasada de la noble mujer!
¡Cómo rujen y lloran y al par se desacatan
en torbellinos locos que su cerebro matan,
las angustias presentes con las dichas de ayer!

Mirad cómo en las ráfagas del loco desvario,
como rayos de fuego, clavó con frenesí
sus ardientes pupilas en el cadáver frío,
y braman las tormentas en el hondo vacío
que el pecho en su gigante dolor encuentra allí.

¿Pero porqué los rayos que escapan de sus ojos
en ráfagas inmensas de ardiente sensación,
no hienden y se filtran en aquellos despojos,
dándoles sangre y fuego y ansiedades y antojos,
y luz y gala y númen y ardiente corazón?

—Despierta!—dice y secas las fáuces; la agonía
en el rostro pintada, próximas á estallar
las hinchadas arterias, con ciega idolatría
y entre besos convulsos, su loca fantasía
al muerto así con ánsia pretende reanimar.

¡No puede! ¡Qué tortura! ¡Cómo contrae su boca
la feroz impotencia, porque no consiguió
fundirse en el cadáver que la enagena... y loca,
al muerto idolatrado se abraza, y de él invoca
el frenético beso que en su lábio estampó!

.....

Ya nuevamente el séquito de obispos y prelados
y grandes ricos-homes de fuero señorial,
seguidos de escuderos y pajes y soldados,
con lanzas y timbales y cascos acerados,
prosigue lentamente su marcha funeral.

Óyense ya de nuevo las fúnebres canciones,
y en aquellas tinieblas se vén, de afan en pós,
los monges y soldados y féretro y hachones,
como una de esas bellas, gigantes creaciones
que borda con sus ojos en el abismo Dios!



LA FÉRIA DEL CÁRMEN.

(1830)

AL EXCMO. SR. MARQUES DE CASA-SANDOVAL.

I.

Tardecita, tardecita,
la tarde de Julio hermosa;
si tu luz el alma inunda;
si á tu alegría recobra
la paz el doliente pecho,
que el perfume de tus rosas;
que tus brisas agradables
la luz en mi mente pongan,
para pintar la belleza
y la alegría dichosa
de los «Percheles» floridos
en época ya remota,
cuando la fiesta del Cármen

celebrándose con pompa,
el corazon conmovia;
el alma dejaba atónita.

II.

Por el réal de la féria,
la féria deslumbradora,
multitud de séres bullen;
van multitud de personas;
caminan todos contentos,
que en profusion asombrosa
ven la pared revestida
con ramos de verdes hojas
y manojos de albahaca,
y las ventanas que adornan
las colgaduras de seda
azul, amarilla ó roja,
y empavesados balcones
con flores y banderolas.

.
Música á lo lejos suena,
música de graves notas;
es que la Virgen del Cármen
á la santa iglesia torna;
allí vá la Virgencita;
lleva espléndida corona;

lleva trono refulgente
que estrellas de plata adornan;
lleva riquísimo manto;
lleva túnica preciosa,
cuajada de piedras finas;
cuajada de ricas joyas.
Ya camina, ya se pára,
ya mueve la diestra hermosa
y la bendición dirige
al mar y la alegre costa,
y un viva ardiente y frenético
de todas las almas brota,
y las campanas repican
y al aire pañuelos flotan
y disparan los cohetes:
y es la alegría tan honda,
que por el mismo entusiasmo
rien unos y otros lloran.

 Virgen del Cármen bendita,
la más pura y más hermosa;
la abogada del marino;
la que á Dios por él implora
para que su vida libre
de tormenta borrascosa
cuando rugiendo, se estrellan
contra su barco las olas:
recuerda como tu nombre
en las noches misteriosas
alabó, llenando el aire

con sentidas barcarolas,
mira con la fé que oculta
bajo la camisa tosca,
en bendito escapulario,
la imágcn de su Patrona:
mira como te consagra
santa devocion ahora;
el hachon lleva encendido
que te alumbra y te dá pompa;
pone flores en tu trono,
sonrisas pone en su boca,
y en tus ojos pone el alma
que te venera y te adora.
Virgencita, Virgencita,
líbralo de las congojas;
de la furia de los vientos,
y las miradas traidoras
de la perchelera, que hay
quien dice, que pone gloria
con veneno en su mirada,
volviendo las almas locas!

III.

Marinerito agraciado:
tú que no le tienes miedo
al mar que se agita indómito

contra las rocas rompiendo;
¿porqué tiembas? ¿Porqué sufres
y se conmueve tu pecho
ante la gloria divina
de unos ojos percheleros?
Es porque á la perchelera
roció el divino cielo
amapolas en la cara,
negra endrina en los cabellos,
en el andar gentileza,
donaire y sal en el cuerpo,
ambrosías en la boca,
en la palabra gracejo,
tempestades en el alma
y en los ojos el infierno.
Allí está; lleva terciado
mantón de Manila al cuello,
en la garganta corales,
peina y flores en el pelo,
falda corta, media fina,
y el pié sutil, prisionero
en cárcel de tafilete;
y ante el gallardo modelo
de esta diosa, muger típica
de los barrios malagueños,
desgañítase la vieja
gritando:—«¡Qué tiempos estos!»
el viejo recuerda y calla;
tiembla de afán el mozuelo

y ella camina contenta;
pues siempre lleva dispuesto,
bofeton, para el que ofende;
para el que sufre, consuelo;
para el que pide, limosna;
para el que la quiere, afecto;
para el mozo que camela,
amor, tempestades, celos,
corazon, vida y la gloria
del mismo Dios en un beso!

IV.

La noche sigue y al par
que van pasando las horas
más la confusión aumenta;
más la alegría blasona;
las calles están pobladas
por multitud bulliciosa;
unos bajan, otros suben,
confúndese en mezcla sorda
la voz del chico que grita,
del vendedor que pregona,
del mozuelo que requiebra,
del contestar de la moza,
y los pitos y los cantos
y la algazara y la broma;

en cada puerta hay un círculo,
y en número que ya asombra
en cada círculo de estos,
quien baila, quien canta y toca.

Cuando más gritan y rien
y están chocando las copas,
de pronto reina el silencio
y una perchelera hermosa,
de ojos ardientes, mantón
de ancho fleco y falda corta,
á compás que la guitarra
dá sus notas quejumbrosas,
que se pierden en los aires
como lamentos, entona
este cantar, que oyen todos
con atención religiosa:

«¡Ay nohecita del Cármen...
cómo turbas la memoria
de quien alegre cantaba,
y esta noche pena y llora!»

—¡Que vivan tú y esos lábios,
y tu salero y tu copla!
grita un mozo—otra le piden,
y ella, jugando la boca
con toda la sal que pone
Andalucía en sus rosas;
una mano en la cintura,
el abanico en la otra,

y sonriendo, cual deben
sonreír allá en la gloria
los mismísimos arcángeles,
—Pues que vaya—dice—y corta
de su voz el fresco timbre
los aires con esta «trova»:

«Que me salve á Dios le pido
en la iglesia de rodillas:
y Dios me dice que el diablo
me tienta cuando me miras...
y siempre me estás mirando.»

V.

Sitio; que van los pimpollos
derramando sal y gracia,
á mover las piernas. ¡Ole
por la pareja galana!
Tosen unos, beben otros,
la pareja se prepara,
y al sonar de los palillos
y al sonar de la guitarra,
con magestad rompe el baile,
electrizando las almas.
¡Que vivan los buenos mozos!
¡Que vivan los dos que bailan!

él lleva chaqueta corta,
calañés y ciñe faja:
ella, peina y abalorios,
corpiño y azul la falda;
él la mira apasionado;
ella la mirada baja,
y entre el barullo y la risa
y la broma y la algazara
y el jalear de los mozos
y el cantar de las muchachas
y el guitarro y los palillos
y la bulla y la jarana,
el baile sigue anhelante
la pareja entusiasmada.
Él con los brazos en alto,
y castañuelas «al habla»,
marcando vá las figuras
de aquella moza de gracia,
y ella... ¡Dios santo! se agita
el corazón al mirarla,
y unos mozos palidecen,
y otros tiemblan y otros rabian:
ceñida la falda al muslo
como tentación al alma;
con los labios entreabiertos
y el rostro como la grana
y el corazón jadeante
y la nariz dilatada
como al malestar extraño

de no satisfechas ánsias,
y los brazos enróscándose
al cuerpo, cual se enroscáran
serpientes alabastrinas
á un tronco de verdes galas,
ó alzándolos otras veces
con nerviosidad elástica
para formarse con ellos
el óvalo de su cara,
como ilusión caprichosa
de un sueño hermoso de hadas,
torna, retrocede, gira,
doblégase, mas avanza
y se agita y se revuelve
voluptuosa y gallarda
tocando apenas la tierra,
sin ver que en negra oleada
despréndesele el cabello,
ni que el viento á veces alza
la pañoleta de encages
presentando á las miradas
en la piel sedosa y fina,
flores de púrpura y nácar.

Termina el baile y un grito
alegre doquier estalla
y á los piés le arrojan flores
y sombreros y la halagan
rociándoles ufanos,
entre alegres carcajadas,

la Manzanilla olorosa
que dora la fina caña...
y más el jaleo aumenta
y es más grande la algazara
y más suenan los palillos
y más suena la guitarra...
—¡Y viva la Virgen! ¡Vivan
las hembras de rumbo y gracia;
las noches de Andalucía,
y los Percheles y Málaga!

VI.

El cielo está como el mar,
sereno; sus nubes, ondas
parecen, que ván tomando
la púrpura de las rosas
y el claro azul de violeta
y el dorado de magnolia...
y Málaga, la riquísima
perla andaluza, matrona
que si el dolor más la abate
muestra más su régia pompa,
parece que se reclina

indolente y perezosa
para recibir amante
el ósculo de la aurora,
al rumor de los cantares,
y al arrullo de las olas!!



INSOMNIO.

Quieriendo ver anoche si podía
hallarme separado
de tí un momento, bajo mi almohada
no puse tu retrato.
¡Qué doloroso insomnio! de la noche
las horas fuí contando...
no pude más; me levanté del lecho,
y cual triste sonámbulo
al retrato llegué y en él, un ósculo
estamparon mis lábios,
loco y ardiente como las pasiones,
y misterioso y vago
como el roce del ala de un arcángel
con las hojas de un nardo.
Lo que el beso tuviera, ¡quién podría
jamás adivinarlo,

ni el enamoramiento, ni las ansias,
ni el suavísimo halago,
ni la pureza, ni la fé, ni el ímpetu,
con que allí fué estampado!
Pero si Cristo al muerto de Bethania
dió vida, como Lázaro,
tu imágen muerta recobró la vida
al beso de mis lábios.
Lo que pasó, no sé; tembló mi cuerpo,
se movieron tus párpados,
tu corazón latió, miré en tus ojos
lágrimas y relámpagos
y arrodillado oí que me decías
con el arrullo blando
del suspiro, la queja ó la plegaria:
—¡Soy tuya, te idolatro!



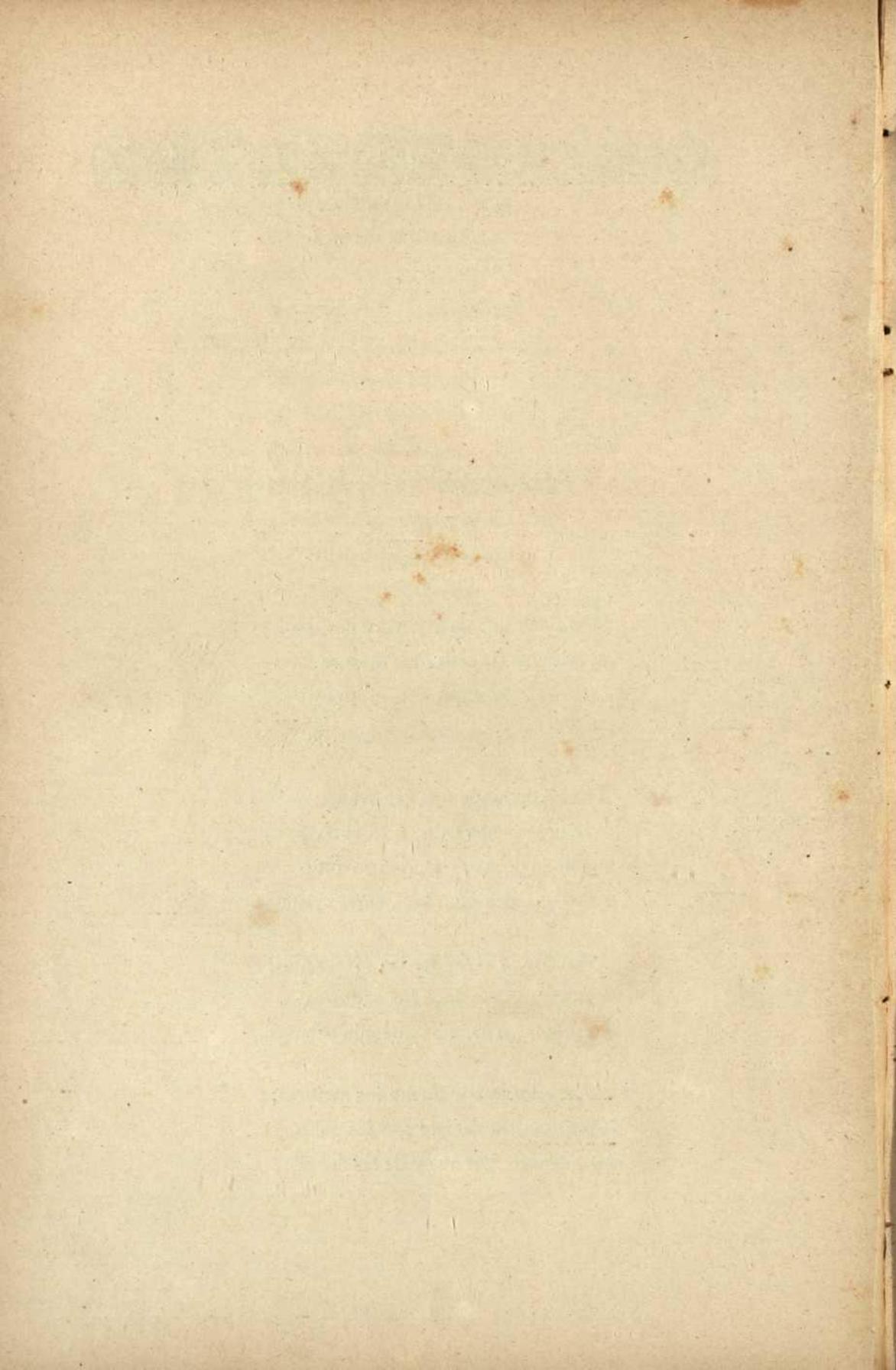
TERESA DE JESÚS.

Era una flor de aromas celestiales;
un querube de célica hermosura
y un hermoso cantor de la espesura,
los tres poderes en valor iguales.

Contemplando una vez grandezas tales,
—Hágase—dijo Dios; y tu alma pura
quedó en la material, rica envoltura,
como una flor guardada entre cristales.

Naciste, y al tender las níveas alas,
envidiaron tus trinos los cantores;
el vergel, los aromas que aún exhalas,

y te adoran por buena los mejores;
¡Cómo nó, si naciste con las galas
del querube, del ave y de las flores!





MÍRAME.

I.

Yo soy un triste peregrino errante,
que busca asilo en otro pecho amante,
donde al sublime Dios de los amores
pueda un templo erigir;
y entre el perfume grato de las flores
y de querubes al brillante coro,
quiero el amor de la mujer que adoro
santificar allí.

II.

En la senda, encontré muchos abrojos;
¡cuántas veces la pena y los enojos,
al realizar el ideal bendito,
entibieron mi fé!

¡Cuántas, al bendecir al infinito,
ciñendo el alma del amor los lazos,
ví de repente caer hecho pedazos
el altar á mis piés!

III.

¡Te conocí! Retoño floreciente
de una rosa lozana ví en tu frente
y en tu rostro de pálida azucena
y en tu santo rubor;
y creo loco, que doliente pena
tu corazon oculta y lo devora,
vírgen bendita que en el templo llora
la calma que perdió!

IV.

Tiene el amor sus sueños ideales;
tiene la mar sus espumas y sus cristales;
su ráfaga la luz, la flor aromas,
lo grande magestad;
mas tú que todas las esencias tomas,
de flor y luz y sueño y dicha santa
¡cómo es posible con grandeza tanta
que me puedas amar!

V.

Que ya no avance más quiere mi sino;
muévate á la piedad el peregrino!
mira que por la senda, triste, el alma
ya en girones dejé.
Del desierto serás la hermosa palma
que la grandeza de mi amor cobije,
y si sufres, la pena que te aflije,
feliz endulzaré.

VI.

Quiéreme... y mira; cuando en el espacio
la luna brille, como gran topacio
que tachonara el pabellon del cielo,
sentiremos los dos,
con la sublime fé de nuestro anhelo,
en la noche callada y triste y sola,
la suave, sentida barcarola,
que nos eleve á Dios.

VII.

Y yo seré tu alma y tu la mia;
y yo seré feliz con tu alegría;
y tu verás cogida por mi mano,
desde el hermoso altar,



el hondo abismo del misterio humano;
de la pasión la inmensa catarata
que se desborda y ruge y tira y mata
cuanto á su paso está.

VIII.

Al rumor de los vientos y los mares,
te contaré mis dichas, mis pesares,
y leyendas del alma misteriosas
y baladas de amor:
tu hermosura tendrá trono de rosas,
y de entusiasta afán en el exceso,
tú mi reina serás y mi embeleso;
tu esclavo seré yó.

IX.

Y tu rostro que á bellos serafines
roban la nitidez de los jazmines,
dará la vida al corazón, que yerto,
triste pongo á tus piés:
y como en las regiones del desierto,
solo con verse abrázanse las palmas,
la encarnación se hará de nuestras almas,
mirándonos también.

X.

¡Oyes en calma de mi amor las quejas!
Indiferente ya de mi te alejas!
Ni una palabra dulce de tu boca,
que mitigue mi afan!
Tienes mujer, el corazon de roca.
¡Qué no quieres amarme! ¡Que te humillas!
¡Pero no me estás viendo de rodillas
á tus plantas llorar!!!



DIVINA.

Al templo sagrado llego
con suaves impresiones;
ante el altar me doblego,
y pregunto de fé ciego:
—¿Á quién son mis oraciones!!!

—Á Dios y á la Virgen santa—
repite la prez hermosa
que el sacerdote levanta;
y siento que se agiganta
la fé del pecho grandiosa.

Y en ondulation suave,
el incienso, en blanca nube,
del templo llena la nave,

como entre nieblas, el ave
misteriosa al cielo sube.

—

Y entre el rezo y entre el canto,
la confusion peregrina
—¡Santo—dice—Santo!... Santo...
como quejumbroso llanto;
cual triste nota divina!

—

Entonces, la luz destella
mi fé, de lo grande en pos
y digo al ver su faz bella:
—¡Es que queriéndola á ella,
quiero á la Virgen y á Dios!



GERÓNIMO.

A qué recordar la historia
que ya todo el mundo sabe?
Faltó la luz á la gloria
de su esperanza ilusoria;
faltaron alas al ave!

La material envoltura
quedó así pulverizada,
y vimos con amargura,
el cuerpo en la sepultura
y el espíritu en la nada.

O nó; quién sabe si ahora
el alma triste se oprime
en la region donde mora

y allí por el muerto llora,
y allí por el muerto gime!

—

Si con el golpe violento
la muerte rompió las galas
de su feliz pensamiento,
el alma con sentimiento
abrió las sublimes alas.

—

Y divina y misteriosa
y amante y contrita y fiel,
en el borde de la fosa
—siendo un alma tan hermosa—
llorando está allí por él.

—

Allí contrita y doliente
flota en invisibles giros,
aromas dando al ambiente,
rumores á la corriente
y á la enramada suspiros.

—

Nueva existencia desea
al pobre despojo yerto,
mundo y luz, pasión é idea,
y con sus alas golpea
la losa que cubra al muerto.

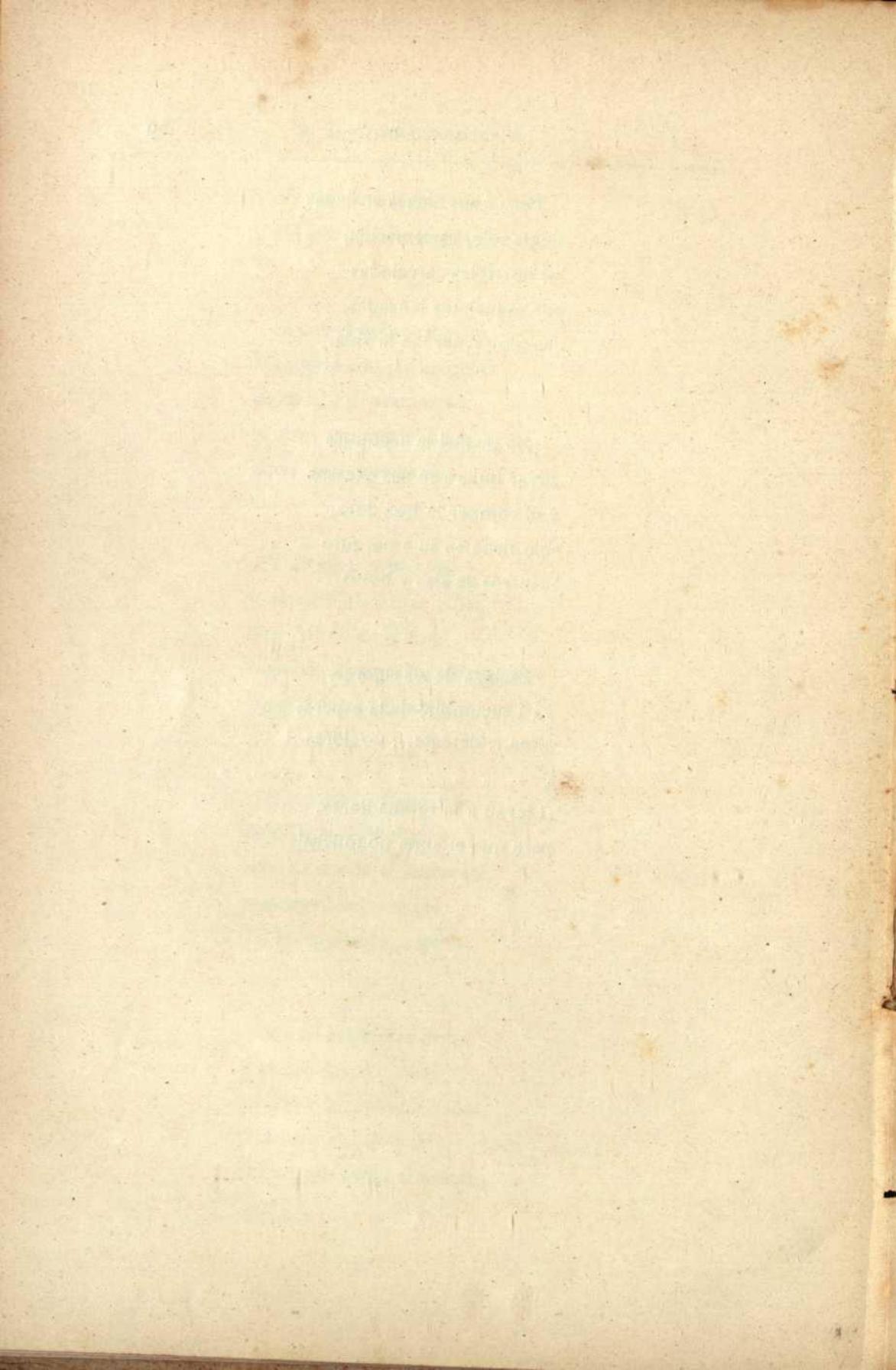
Pero á sus dichas ansiadas
siente solo, estremecida,
las horribles carcajadas
por esqueletos lanzadas,
cuando recuerdan la vida.

¡No puede! la sepultura
cavar quiere en sus excesos
y al romper la losa dura,
solo tiene en su amargura
susurros de alas y besos.

Esclava de los rigores,
vá á sucumbir; nada espera;
alma... detente... no llores..!

.

¡Llevad á la tumba flores,
para que el alma no muera!





LA CINTA NEGRA.

Goje mis versos todos y mis cartas;
y sin que otra vez leas
las amarguras tristes que rebosan,
y la angustia y la pena,
únelos bien: ¡ataños fuertemente!
como el verdugo aprieta
la cuña en el martirio; cual la carne
sugétase á la rueda...
y oye sin olvidar: une las cartas
con una cinta negra!

Quando del todo acabes con mi vida;
cuando agonice y muera,
al mediar de la noche, siempre triste
irá mi ánima en pena

á desatar la cinta de las cartas;
 á derramar sobre ellas
todo el llanto que allí tú no has vertido;
 á consolar las quejas
que allí mantuve, con el frio beso
 que al muerto dá la huesa,
aunque jamás tan muerto y tan helado
 cual la nieve que llevas
dentro del corazon... y óyeme ahora,
 mira que habla el profeta
de la verdad: mientras esté gimiendo
 mi alma, y bajo tierra,
mi cuerpo ya comido de gusanos
 de dolor se estremezca,
en tu lecho, con risa de ángel puro,
 soñarás en la nueva
dicha de hacer del alma de otro hombre
 lo que hiciste de aquella
que siempre, á desatar irá llorando
 la pobre cinta negra!



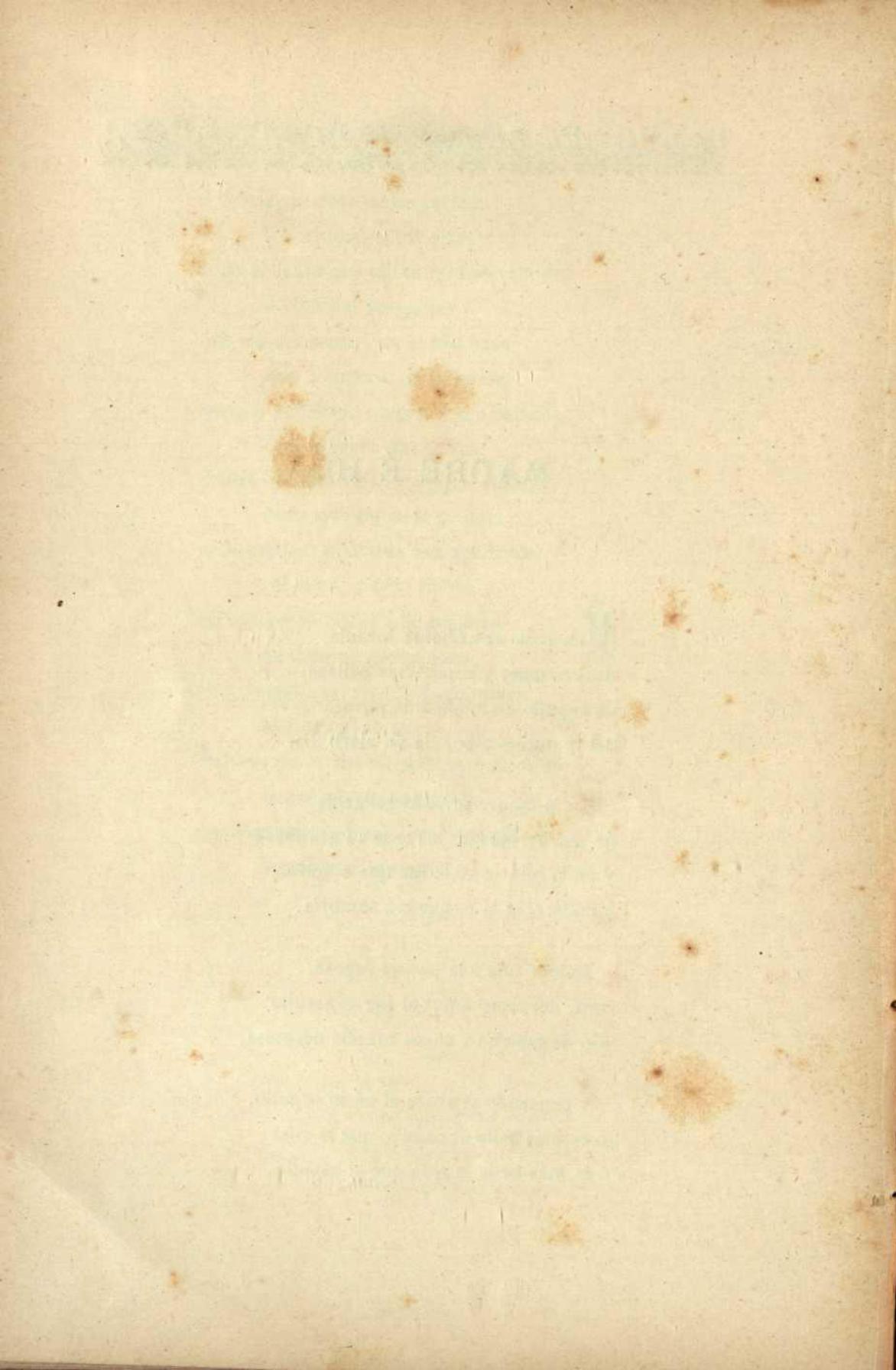
MADRE É HIJA.

Una rosa de ardiente lozanía,
de arrogante y espléndida belleza;
un capullo en la cándida pureza
del matutino albor de un claro día.

En la madre se vé la gallardía
de una hermosura en toda su grandeza,
y en la hija se vé la luz que empieza
á esclarecer la oscuridad sombría.

Induce una á la pasión fogosa;
otra, del casto amor al tierno arrullo;
son de espíritu y carne mezcla hermosa,

y pensando se abate el nécio orgullo,
si es más bello el capullo que la rosa
ó es más bella la rosa que el capullo.





LAS ESCULTURAS DE CARNE

AL SR. D. EUGENIO SELLÉS.

De nuevo la luz serena
brilló de tu pensamiento,
fundiéndose al sentimiento,
en el crisol de la escena.

Crisol donde á tus antojos,
se estremecen, rugen, gimen
y se humillan y redimen,
como sociales despojos

que arroja á luchar la suerte,
vida, luz, horas serenas,
fuego, afanes, dichas, penas,
inercia, virtud y muerte!!!

Y el mundo vé confundido,
contempla el mundo admirado,
del cuadro que has presentado,
el ardiente colorido.

Asombro, por su belleza;
y humillacion, porque en él
encuentra su imágen fiel
de pequenez y grandeza...

¡Realismo y siempre realismo,
y poco importa en verdad,
que á buscar la realidad
desciendas hasta el abismo!

Quizás al no comprenderte,
alguno querrá acusarte;
ni pueden así humillarte,
ni pueden así ofenderte.

Muéstrales hermosas flores
y aspirarán el aroma;
muéstrales el sol que asoma
con sus brillantes colores,

y en su inmensa luz bañados,
ante los rayos ardientes
habrán de inclinar las frentes
y confesarse humillados.

La flor, el pecho dilata;
el mar, aterra ó fascina;
el sol, alegre ilumina;
el cieno, corrompe y mata;

pues sin ser original
caso que asombre estupendo,
á una ley obedeciendo...
que es una ley natural,

el mar de fúria se llena;
perfumes tienen las flores
y el sol tiene resplandores
y el cieno olor que envenena.

Y como se vé la flor
y el sol y el mar, cieno al ser
¿porqué el mundo no ha de ver
su impureza y su color?

Rompiendo nieblas oscuras
del abismo en lo más hondo,
tú has presentado en su fondo
al mundo, tus Esculturas.

Cieno habrá en el fondo, sí;
pero la verdad buscabas,
y si en el cieno la hallabas,
la verdad estaba allí.

Tu pensamiento ha forjado
belleza, luz, fantasías
y contrastes y armonías,
fanal donde has colocado

el cieno, del lodazal
donde le arrancó tu fé:
el mundo dentro le vé
del trasparente fanal,

y al impulso soberano
de tu pensamiento ardiente;
arrebatando la mente;
rompiendo el terrible arcano

base de la historia toda,
constante y noble y sereno,
tú le has dicho:—Mira; es cieno.
Quien á él se acerque, se enloda.

Avanza, poeta; te escuda
la luz que tu génio inflama:
¿á tu génio el siglo llama...?
preste pues, al siglo ayuda.

En lucha tenaz y eterna,
el escalpelo será
que en el seno se hundirá
de la sociedad moderna:

La Navaja

Es afilada y estrecha
como una lengua de acero,
aunque entre lengua y navaja
hiera la navaja menos.

Reptil es que manejado
por otro igual de odio lleno,
se alimenta en las entrañas
de sangre siempre sediento.

Amiga del asesino,
la diestra del caballero
jamás defendió con ella
ni su honor, ni su derecho;
y en cambio brilla en la faja
del rufián o del flamenco,
del chulo, del desalmado,
del pincho y del bandolero.
Es la espada a la navaja,
lo que es el valor al miedo;
lo que es la virtud al vicio,
lo que es lo noble a lo abyecto.

Oculto, callado y frío,
en la lucha cuerpo a cuerpo,
sin que la espere el contrario,
aparece en el momento
preciso, para clavarse
traidoramente en el pecho.

Llena de orín, se ve siempre
de la Audiencia en los procesos,
y tiene con las ganzñas
y las mordazas, su puesto.
Es compañera del zurdo,
del cojo, del manco o tuerto;
y su esgrima la enseñaron
los afamados maestros
que orgullo de las tabernas
y de las prisiones fueron.

Es su alcurnia, muy antigua
y muy rancio su abolengo;
la ejercitaron matones
de ya muy lejanos tiempos,
por que un matón sin navaja
es un matón incompleto;
y los Percheles de Málaga,
las Ventillas de Toledo,
la plaza del Potro en Córdoba,
de Segovia el Azoguejo,
la Rondilla de Granada,
y otros mil sitios diversos,
altas Universidades,
y muy ilustres Colegios,
y catedráticos sabios
de la navaja tuvieron.

Y su gloria fué aumentando
en nobles casas de juego,
en tascas muy principales
de altivas hazañas templo.

Es superior a la espada
porque cabe hurtar el cuerpo,
preferible a la pistola
porque asesina en silencio;
y en los puños escondida,
con un solo movimiento,
trueca en sentencia de muerte
quizá un abrazo de afecto.

Del puñal se diferencia
por su carácter plebeyo,
porque éste es aristocrático
y aquélla nació en el pueblo.

Sólo una vez, manejada
por majos y por chisperos,
supo, en Madrid, elevarse
a la Patria defendiendo,
brillando al sol en la lucha
en contra del extranjero,
con valor y palmo a palmo,
frente a frente, y pecho a pecho,
y fué, entonces, Albacete,
tan noble como Toledo.

Al abrirse charrasquea,
con un sonido siniestro,
y al brillar como el relámpago,
hiera como el rayo, a un tiempo.
Es del elevado arte
del tatuaje instrumento,
y a las llaves sustituye,
las cerraduras rompiendo,
los tornillos desarmando,
de oro a caza o de secretos.
Y aunque afilada y estrecha
como una lengua de acero,
espante sólo mirarla
o inspire, quizá, desprecio,
entre ella y la lengua infame
que va sátiras vertiendo,
y calumnias propagando,
y que inocular el veneno
que elaboró la impotencia
con la envidia en mutuo acuerdo,
sin dudar un sólo instante,
a ojos cerrados, prefiero
la navaja, que aunque ignoble,
hiera y mata mucho menos.

BENIGNO INIGUEZ

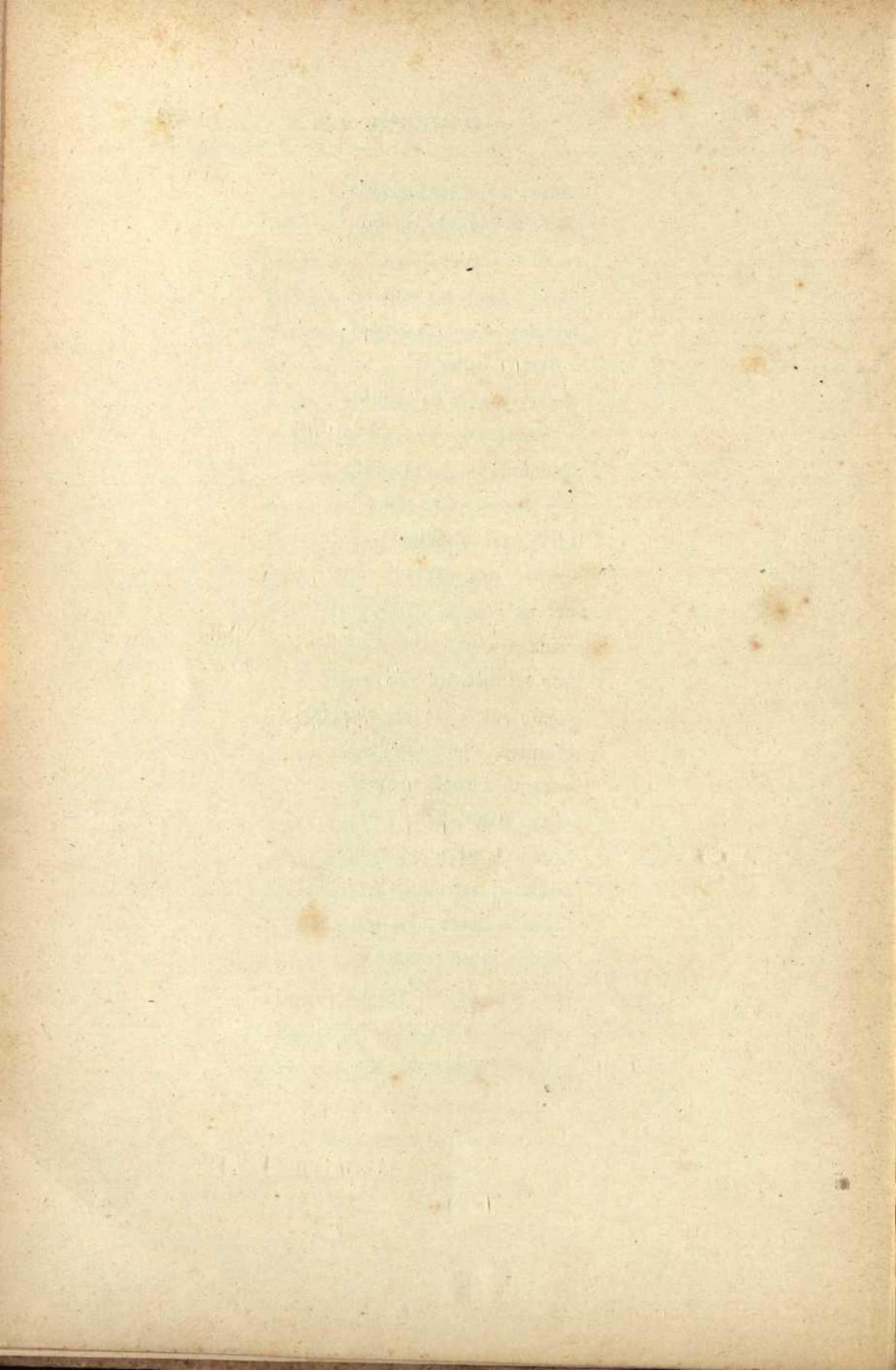


ES MIA.

Pálida, tranquila, hermosa;
cabeza de formas bellas;
por ojos negras estrellas;
por lábios hojas de rosa;
griega la nariz; la frente,
de diáfana tersura;
altivez y donosura;
fria y á la par ardiente;
todo el infierno en los ojos;
toda la gloria en la risa;
acariciando, la brisa;
acariciada, sonrojos;
con el que la quiere, franca;
como en el limbo, inocente;
como un sol de refulgente;
como la aurora de blanca.
Iniciándose, no es necia;

con el pobre, dadivosa;
para su igual, orgullosa;
magnífica, si desprecia;
conciencia, diáfanos cielos;
mente, llama peregrina;
haciéndose amar, divina;
amando, volcán de celos;
en sus decisiones, tarda;
cuando se decide, cuerda;
en asuntos vanos, lerda;
en continente, gallarda;
sílfide bella, en el talle;
en la iglesia, fervorosa;
en la tertulia, graciosa;
modestísima en la calle;
en el hogar, albeldrio;
en el andar, rëaleza;
en el que hacer, ligereza;
y en la alcoba.... allí, ¡Dios mio!
soñéla una vez dormida...
las manos, dos lirios bellos;
destrenzados los cabellos;
frescor, floescencia, vida;
oculta entre gasa leve;
el contorno, vigoroso;
altivo el seno y hermoso,
ebúrneo brazo, pié breve,
y como grey que á la diosa
el mundo tiene creada,

como de aromas cargada
las hojas caen de la rosa,
en su alrededor había
flores y blancos cendales;
blondas, abanicos, chales
y flecos y sedería.
Entre sábanas de armiño,
la contéplé... ¡y era ella!
¡Dormida estaba tan bella
con su sonrisa de niño!
La ví para mi desvelo,
visión entre níveas brumas;
nereida en copo de espumas;
reina en trono, Dios en cielo,
flor cerrada, sol que asoma,
visión dulce, luz que empieza,
el misterio en su belleza,
encanto, ilusión, aroma,
régia, noble, bella, pura,
mundo y cielo, soberana,
púdica al par que liviana,
fuego ardiente y escultura.
¡Allí sola, sin testigo!
¡allí, gala de las flores!
¡allí, con sueño de amores!
¡allí, soñando conmigo!





TU MODELO.

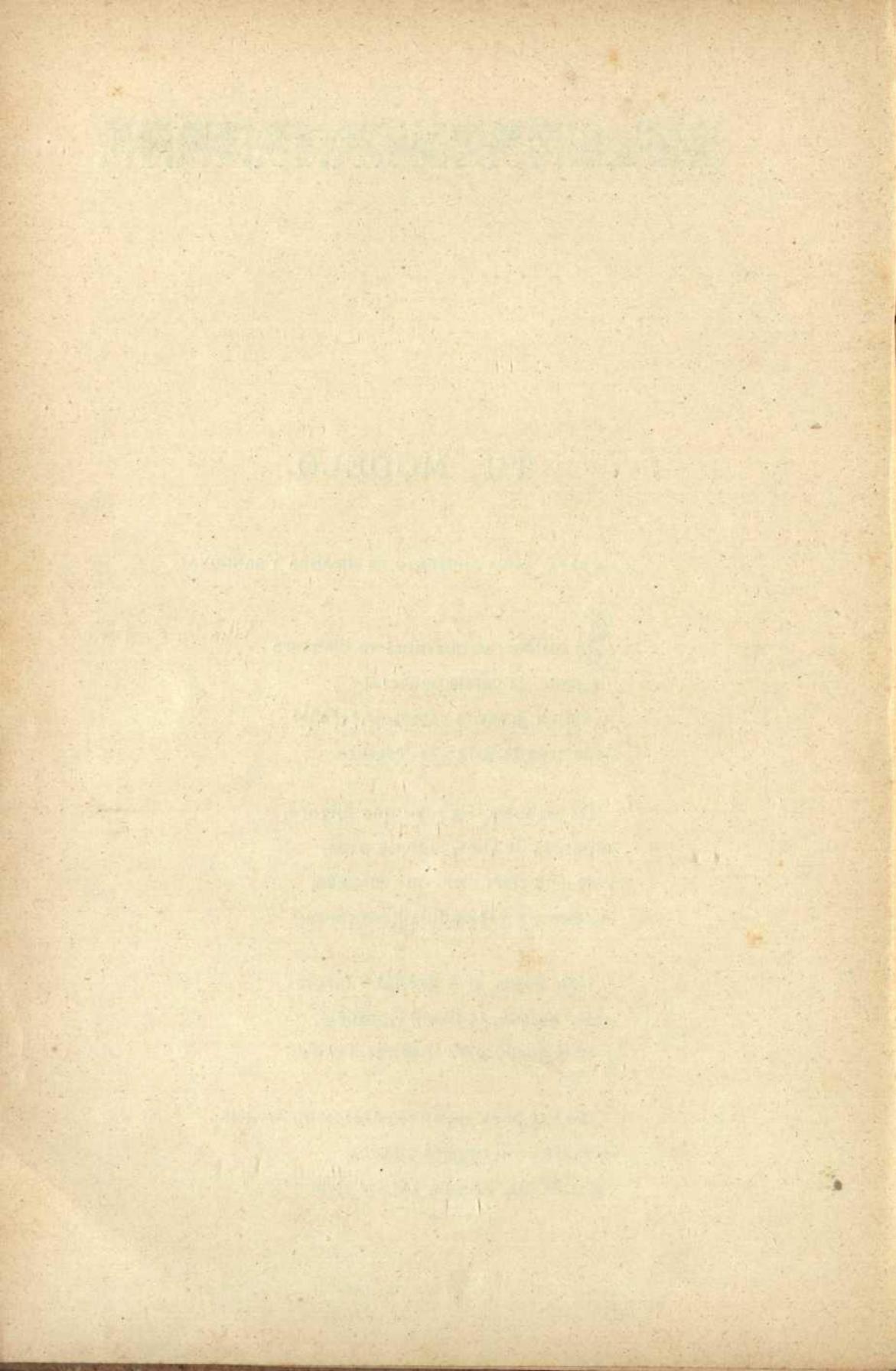
Á LA SRTA. DOÑA CONSUELO DE MIRANDA Y SANDOVAL.

Su candor, el querube; su blancura
elegante, la pálida azucena;
su calma grave la estension serena;
de la rosa la gala y la frescura.

De los soles, un rayo que fulgura;
la pureza de Dios, algo de pena,
y de este claro cielo que enagena,
la celeste y espléndida hermosura.

Con besos, el Amor tales favores
unió, naciste, te llamó Consuelo,
y en tí quedó para inspirar amores.

No hay pues, quien te parezca; tu modelo
lo fabricaron ángeles y flores,
rayo de luz, aroma, Dios y cielo!





EL SUSPIRO DEL MORO.

I.

La de bóvedas de flores;
la de umbrías enramadas:
la de gigantescos álamos,
¡Bella Alhambra! Bella Alhambra!
Las crónicas de los reyes
de la tierra castellana,
de Isabel y de Fernando,
te prodigan alabanzas;
que en los ya pasados tiempos,
en los tiempos que ahora pasan,
todos suspirando dicen:
¡Bella Alhambra! Bella Alhambra!

.....
En una de esas medrosas
noches que dan luto al alma,

porque la luna se esconde
de la niebla avergonzada,
en el jardín primoroso,
el jardín de «Lindaraja»,
una sombra se pasea
como medroso fantasma
de leyendas misteriosas;
de misteriosas baladas.
Al fin la luna aparece,
aparece triste y pálida,
de los males precursora,
amante de la desgracia;
y ya todo se ilumina,
y ya la sombra se pára
y amargamente sonríe
y amargo suspiro lanza,
y con apagado acento,
triste dice, triste esclama,
mientras flota su alquicer,
como si una nube blanca
del caos de las tinieblas
con el lumínar brotara:
—Rey Fernando, Rey Católico:
ya se cumplió la palabra
que tenías ofrecida
y por tu Dios empeñada,
de arrancar grano por grano
los cascós á mi Granada.—
El que así triste suspira,

el que así doliente habla,
es el «rey chico,» Boabdil,
último rey de la pátria
tal vez nacida en las brumas
de los ensueños de mágia;
donde las flores sonrien
contemplándose sus galas;
la tierra de los jardines,
la de arrogantes sultanas,
la de hermosas odaliscas,
las de Walies de fama...
y sigue Boabdil clamando
y sigue clamando Abdalla,
y suave su alquicer
flota, como nube blanca,
y ya la luna se esconde
y ya suspiran las auras.

II.

Corren las aguas del Darro;
del Genil corren las aguas,
y asemeja su murmullo
dolientes ayes del alma,
suspiros acongojados
que el dolor del pecho arranca;

maldiciones que el profeta
al ex-rëy moro lanza,
al príncipe soberano
de las orientales galas;
al que juzgaba mejor
el festin que la batalla,
vistiendo la rica seda
en vez de la fuerte malla;
siendo su más bella gloria,
jugar sortijas y cañas.
Noble rey, noble rey,
quien al mundo contemplaba
encerrado en las grandezas
de su palacio de Alhambra;
al que extasiaba el chasquido
del beso de sus sultanas
y el melancólico son
de las guzlas y dulzainas,
y en letargo se sumía
al estruendo de la zambra,
olvidado de sí mismo,
de su Dios y de su pátria....
de su dolor en lo inmenso,
en lo inmenso de su rabia,
ya las manos se retuerce,
la rica túnica rasga,
y en corcel que le presentan,
ya cabalga, ya cabalga;
ya del bruto en el hjar

hinca la espuela dorada.
Vá muy triste, vá muy triste;
lleva la frente inclinada,
cual si el peso de su culpa
al suelo se la inclinara;
y atrás la cabeza vuelve,
suspiro del pecho exhala,
y la tez lleva encendida
y en los ojos lleva lágrimas.
—¡Adios! pueblo mio,—dice;
adios dice, y llora y calla:
llora su reino perdido!..
Su buen reino de Granada!

III.

Tornándose en los espacios
por dorado sol la niebla,
en las floridas alfombras
que son del Genil ribera,
se vé en apretado grupo
tras la Católica reyna
y el invicto rey Fernando,
la castellana nobleza...
y cuanto buen caballero
que fué leon en la guerra,

y cuanta brillante gala,
y cuanta rica presea,
y cuanto clarin que vibra
y cuanto atambor que suena!
Cambiaron las armaduras
por trages de rica seda,
de oro y plata recamados
y tambien de ricas piedras:
que no es bien mostrarse rudos
sinó en la ruda palestra.
A Isabel cercan sus damas,
las mas arrogantes fembras,
que de juegos y torneos
para coronar las fiestas,
gallardas, con la divisa
de su campeon se ostentan.
Cuál bajo la fina gola
cuello de alabastro enseña;
cuál con semblante altanero
esquiva á todos se muestra;
cuál por arrogante frisa,
cuál por cándida inocencia;
prendidas llevan las tocas
con joyeles de oro y perlas
y en alazanes cabalgan
y en hermosas hacaneas
con jaeces incrustados
de oro y marfil, y estriberas
de plata, no tan brillantes

como lo artístico de ellas;
y á veces, de la matrona
ó arrogante rica-fembra,
la falda haciendo subir
el aura siempre indiscreta,
asoma el chapin bordado
que un pié diminuto encierra....

IV.

Se abren las puertas de Elvira
crujiendo sobre sus goznes.
y por allí sale Abdalla,
formando estrépito enorme
el escuadron que le sigue,
honor de los escuadrones:
son cincuenta caballeros
que tras su monarca corren,
los primeros en la guerra,
los primeros en la córte;
todos montan alazanes
de crin rizada y buen porte,
árabes de pura raza
y ardientes, como los soles
del estío, en el desierto,

donde la muerte se esconde
en las alas del simoun,
de la caravana azote.
Y tal estrépito causan
los que la escolta componen
y el ruido de los cascos
y de las armas el choque,
que al atravesar la puerta,
parecen, turbion que rompe
el dique que lo avasalla
y que se despeña informe,
siendo bastante á pararlo,
Dios tan solo; no ya el hombre.
Ya no ostentan, altaneros,
estandartes ni pendones,
ni los corvos yataganes,
ni cascos deslumbradores;
ya el arabesco clarin
no exhala sus roncós sonos;
se cumplió lo escrito, y todo
se sumergió, de la noche
de los tiempos, en los tristes
y ennegrecidos festones.
Ya caminan, ya se acercan,
do Fernando con sus nobles
espera la última flor
que su victoria corone;
á la orilla del Geníl
cuyas limpias aguas corren,

semejando su murmullo,
los ecos de estrañas voces...
suspiros... amargas quejas...
carcajadas... maldiciones!

V.

Ya el escuadron agareno
se aproxima; ya se pára
ante el noble rey, caudillo
de las legiones cristianas;
ya Fernando á pié le espera
y ya Boabdil descabalga,
y con acento brotado
de lo profundo del alma,
revelando las pasiones
que le devoran y abrasan,
al entregar unas llaves
á Fernando, dice Abdalla:
—Tuyas son, rey poderoso,
las llaves de mi Granada;
tuyas, magnífico rey,
son tambien las de mi Alhambra,
el paraiso divino

de las flores y las hadas;
de misteriosos retretes;
de naranjos y de acacias;
donde vibrando la guzla
de oro, de mis esclavas,
tras del calado ajiméz,
tras celosía calada,
sentíanse cual suspiros
las moriscas serenatas
y los gemidos de amor,
entre el gemir de las auras.—

Esto dice; tristemente
sobre su alazan cabalga,
y de su tropa seguido,
con la cabeza inclinada
ya se aleja, ya se aleja
camino de la montaña
de Padul; y ya en la cima,
suelta la rienda dorada
y amargo lloro vertiendo,
con eco doliente esclama,
mientras contempla las torres
que á lo lejos se destacan,
del triste pueblo vencido,
que el sol ardoroso baña:
—Lo quiso Aláh...! Pobre pueblo
mi buen pueblo de Granada!—
Y el sol esconde sus rayos
y las tinieblas avanzan

y Abdalla clamando sigue,
hasta que con voz opaca
y lúgubre y sentenciosa,
dícele su madre Aixa:
—Llora cual débil mujer
la pérdida de tu patria,
que defender no has sabido
como hombre: llora Abdalla.—
Un desgarrado lamento
Boabdil de su pecho arranca
y despues... misterio y sombra;
los ecos de las pisadas
de los caballos, que aun suenan,
al bajar las encrespadas
breñas de Padul: despues...
la luna alumbrando pálida
el triste lugar.
.
.
. Y cuentan
gentes vecinas y estrañas
—aunque ya siglos pasaron,—
que á veces, negro fantasma
de largo alquicer flotante,
en la hora de las ánimas
aparece, y triste gime,
de Padul en la montaña,
ó en «El Suspiro del Moro,»
como desde entonces llaman

á aquel elevado monte,
donde vertió tristes lágrimas
por su perdida corona,
un desgraciado monarca
que luego murió olvidado,
sin Dios, sin ley y sin pátria.



EL ESCÉPTICO.

El amor! me horroriza; no comprendo
que labre paz dichosa
en un ser, esa ráfaga que vive
y muere en una hora.

Ante la luz la mariposa vuela,
deslumbrada y atónita...

¡Y es tan fácil que el fuego haga cenizas
las alas ténues de la mariposa!
tan fácil, que se queman... y no hay duda:
y al verse, entre congojas,
sin alas el insecto, triste muere,
y termina la historia.

Lo mismo es el amor: galano, puro;
en gasas misteriosas
envuélvese, con alas de ilusiones
llegando hasta la gloria,

y del altar, forjado por un sueño,
altar donde se adora
y rinde culto al ideal surgido
tal vez de entre el perfume de una rosa,
desciende hasta otro ser; un igual nuestro,
que medita y razona,
que puede tener alma ó no tenerla,
ser franco ó ser hipócrita,
amar lo bueno ó adorar lo malo,
la bajeza ó la honra;
pues todo puede ser, siendo mentira,
que cual la flor, el corazón, sus hojas
abre al amor, y allí puede otro pecho
la verdad entrever aun mas recóndita.
En el primer instante el sueño sigue,
pero el «ópio» se agota
y es, lo mejor que al despertar hallamos,
penas, á veces hondas,
bastantes inquietudes, muchas lágrimas...
ó dos almas que lloran
por el remordimiento de haber sido
medianeras del cuerpo, y se sonrojan
tal vez el casto beso recordando
que ellas se dieron, para que á su sombra,
los dos cuerpos se arrastren por el lodo
de flores muertas é ilusiones rotas.



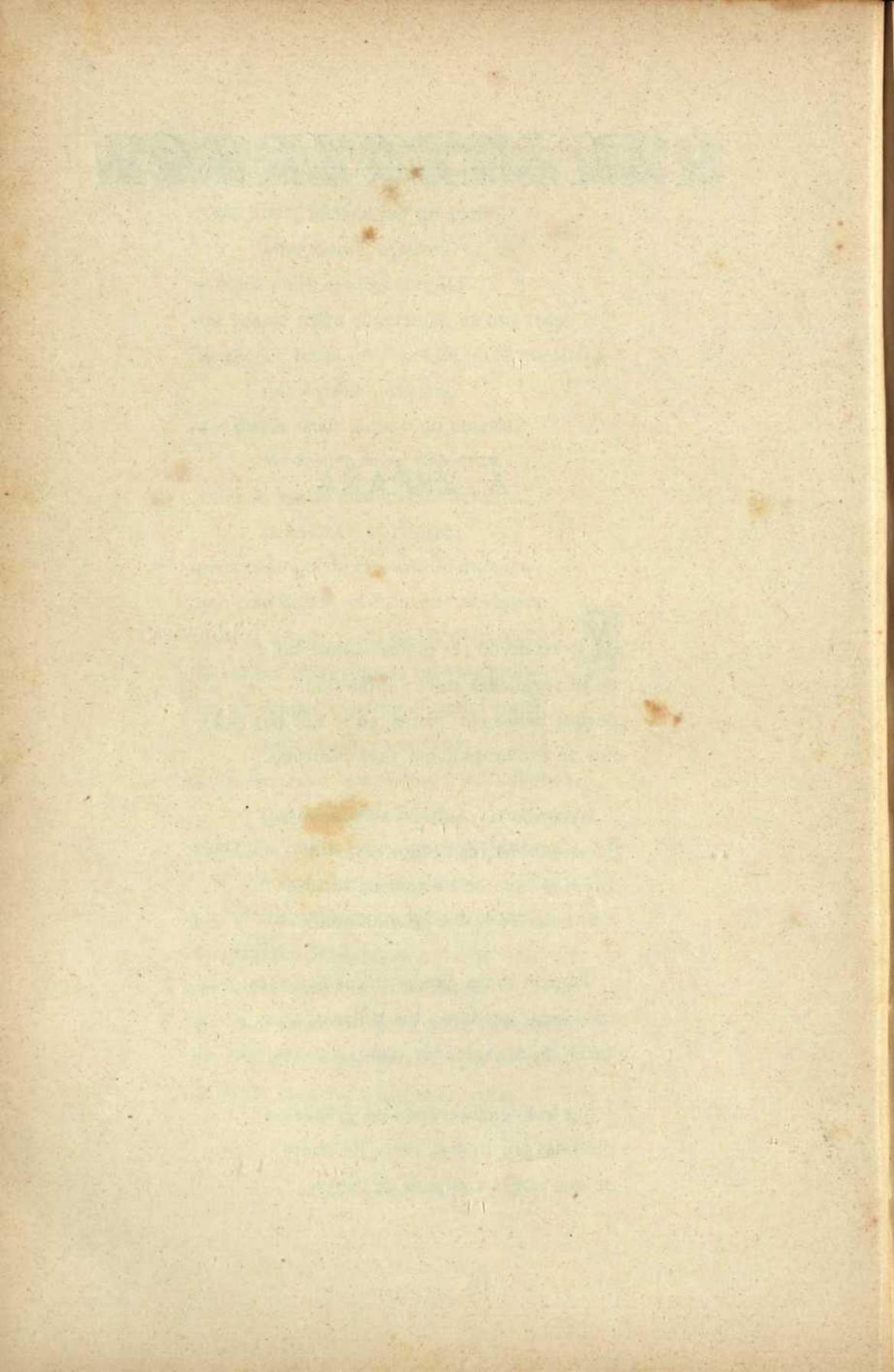
Á ESPAÑA.

Yo recuerdo tus glorias admirado;
yo tu vergüenza miro confundido,
porque pensando pátria, en lo que has sido,
hoy te contemplo cual titán póstrado.

Recordar no quisiera tu pasado
de asombradores hechos revestido;
que si el rayo de sol más ha lucido,
más galas en la flor ha marchitado.

Tan sin brillo quedaron tus blasones;
tan ajadas quedaron tus bellezas;
hacen de tu esplendor tantos girones,

que solo encontrarías las grandezas
perdidas por tu mal, entre los sones
de una nueva campana de cabezas.





LOS CARVAJALES.

FRAGMENTOS.

AL ECXMO. SR. MARQUÉS DE GUADIARO.

LEONOR.

Mi padre! Por ley fatal,
alli está, do flores crecen
que guardadoras parecen
del largo sueño eternal.
Hay una cruz en su fosa,
en donde asientan su nido
algunas aves, querido
emblema de paz hermosa.
Cuando se pierde la luz
del sol en reflejos suaves,
algunas veces, las aves
que en los brazos de la cruz
tienen su nido de amores,

baten las vistosas alas
y ván luciendo sus galas
a reunirse con las flores,
que al pié de la sepultura
son emblemas del dolor;
después el dulce rumor
siéntese del aura pura;
entonan allí un estraño
y misterioso concierto,
cual si lloraran del muerto
el último desengaño,
y cuando se oculta el sol
del todo tras de los montes
y pierden los horizontes
sus matices de arrebol,
melancólicas sonrisas
tributanse suspirando,
y se despiden llorando
flores, pájaros y brisas!

.....
.....

FERNANDO IV.

Aunque tenaz se resiste
a creerlo el pecho mio,
por la forma que reviste,
pienso que mi mal consiste
en un recuerdo sombrío.

Tuve yo un hombre á mi lado
de acrisolada hidalguía,
noble, sagáz y arrojado,
que la carga del Estado
con su monarca partía.
Cuando tal joya aprecié,
siéndole infausta la suerte,
como un hermano le amé;
que para el hidalgo, fué
mi amor su puñal de muerte.
Benavides se llamó:
y una noche, el mal en lides
vencido al honor dejó,
y en el misterio murió
con violencia Benavides.
Vino la noticia á mí;
de loca furia cegué;
llegué al cadáver, le ví,
y juré vengarle allí...

LEONOR.

¡Oh señor...

FERNANDO.

Y le vengué.

Tarde triste en verdad era;
muy nebulosa avanzó;

tormenta recia estalló,
y cual si Luzbel abriera
de corage y rabia ciego
las puertas de sus palacios,
llenáronse los espacios
de exhalaciones de fuego.
Agua á torrentes caia;
el rio se desbordaba;
el álamo se tronchaba;
la nube, se deshacia
en tan cárdenos girones,
que horror daba y daba espanto:
lanzaba el trueno entre tanto,
sus poderosas canciones,
tomando la tempestad,
tan grandiosa omnipotencia
y altiva magnificencia
y terrible magestad,
que al corazon mas sereno
y valiente, conmovia
la salvage sinfonia
de aire, lluvia, rayo y trueno.

Sobre elevada colina,
escueta y altiva roca,
que impone y temor provoca,
un negro abismo domina,
como grandioso trofeo

en las garras de un gigante;
como amenaza constante
de un titan sobre un pigmeo;
y en su fondo, las miradas
con estraños desvaríos,
ven los picachos sombríos
de otras rocas mal formadas.
Allí, sobre la primera...
la escueta, la que domina
el abismo y la colina
como amenaza altanera,
los del crimen, maniatados
hallé puestos; los miré,
me ahogó la furia, cegué,
dí una órden, arrojados
fueron por mano segura,
y mientras todos rezaban,
sintiendo á los que rodaban
desde el peñon de la altura,
yó, con el pecho sereno
que á piedad no se movía,
y á la fiera sinfonía
de aire, lluvia, rayo y trueno,
calmé ya las ansias locas
viendo en mi alegría insana,
girones de carne humana
en las puntas de las rocas!

.....
.....

FERNANDO IV.

No sé porqué; más presiento
en mi ser, algo terrible;
como un fantasma invisible
que engendra mi pensamiento.
Nube que encierra sombría
el rayo de la venganza;
y allá, léjos, la esperanza:
y aquí, cerca, la agonía.
Girones de luz inciertos,
de un mar de sombras brotados,
como anatemas lanzados
de las tumbas de los muertos.
Todo girando en sangrienta
ráfaga roja teñido;
todo en niebla confundido:
todo en confusion violenta,
y en estas furiosas lides
que son al alma fatales,
recuerdo á los Carvajales
y recuerdo á Benavides.
¡Carvajales! Si murieron
de igual modo que mataron;
si con su muerte pagaron
la culpa que cometieron,
en sangre al quedar lavada
por las manos del verdugo,

¿porqué me doblega el yugo
de esta idea despiadada?
¿Porqué sus nombres me enojan?
¿porqué de uno ú otros modos,
sin piedad ni afecto, todos
la accion á mi frente arrojan?
¿Porqué rompe ya su valla
el corazon que palpita?
¿Es la conciencia que grita,
ó el sentimiento que estalla?
¿Fué en mí la muerte azarosa
de aquellos hombres un crimen?
¿Porqué retorcidos gimen,
y en batalla borrascosa,
por contrastes diferentes,
navegan ya sin ayuda
por los mares de la duda
mis pensamientos ardientes?
¿Este azar en mi existencia,
es serpiente del pecado
que rastrera ha profanado
el templo de la conciencia,
y con su asqueroso aliento
y á su impúdico silbido,
arrastrándose, ha subido
al altar del sentimiento?
¿Es que quiere ahogar la fé,
y con sus tremendos lazos
hacer el altar pedazos

y arrojarlo? Yo no sé:
mas si por hados fatales...
porque lo quiera el destino,
otra vez en mi camino
hallara á los Carvajales,
por Dios poderoso juro;
por mis afanes prolijos;
por mi esposa, por mis hijos,
que firme, altivo, seguro,
sin pesar, y sin pavura,
yo mismo, verdugo y juez,
los arrojaba otra vez
desde el peñon de la altura!



DOLORA.

Olvidando á la madre en su embeleso,
á su amado la enferma repetía:
—Antes de que me entierren, dame un beso—
y el amante besarla prometía.

Murió la virgen, y cubrió las galas
de aquella pobre flor, un blanco velo;
tierna paloma que al batir las alas
fijó su nido en la mansion del cielo.

.....

Al borde mismo de la pobre fosa
se encuentra un ataud, y ante él, de hinojos,
una infeliz anciana, que llorosa
vuelve al camino sin cesar los ojos.



—Ya no vive, y amor aun le profesa,—
exclama en su dolor; pero él no viene...
cumplirá sin embargo la promesa
de darla el beso que ofrecido tiene.

Pero tragando al féretro la abierta
fúnebre boca que lo absorbe todo,
ánten, besando el rostro de la muerta,
llora la madre y dice de este modo:

—Goza en el cielo de tranquila calma;
si su promesa no cumplió el impío,
otro beso recibe, hija del alma,
aunque no lo has pedido... el beso mio!



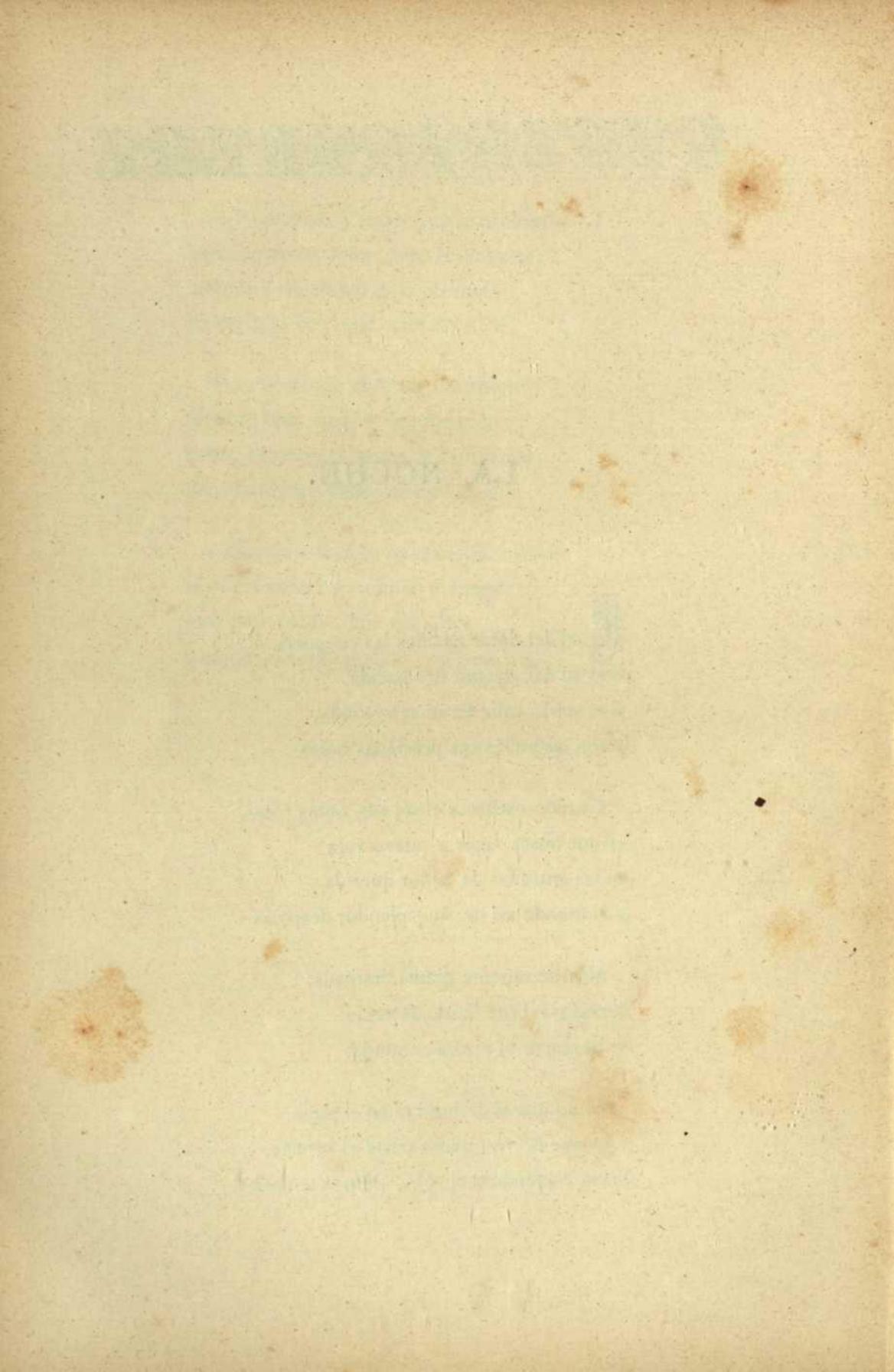
LA NOCHE.

Gual del dolor nacidas las congojas,
eres tú del abismo flor nacida,
y al sol tu cáliz en su seno anida,
y son las nubes tus preciadas hojas.

Cuando oscurece el sol sus tintas rojas,
es que busca vigor y nueva vida
en las entrañas de la flor querida,
y al mundo así de su esplendor despojas.

Más de repente gime; desolada;
derramas triste llanto de rocío;
se desgarrá tu túnica enlutada;

flotan mares de lumbre en el vacío,
y es que la rosa negra parte el broche,
brota espléndido el sol... ¡Muere la noche!





MUERTE Y VIDA.

En sueños te ví muerta: blancos cirios
alumbraban tu fáz,
pálida como en vida la tenias
y pura y celestial!

Cubierto de cendales y de flores
tu cuerpo aquí quedó;
encontrándose el alma en otros mundos
y en presencia de Dios!

Ibas á ser juzgada y esperábamos
con fé, que al sucumbir,
te llevaran el alma los arcángeles,
de la Gloria al confin.

El platillo en que estaba el alma tuya
la balanza inclinó
del lado del infierno: vuelto loco,
me arranqué el corazon,

en el otro platillo, con ansiosa
locura lo arrojé;
y agonizando ya, ví que subias
á los cielos, mujer!

Rotas las venas, desangrado el pecho,
te contemplé subir
hasta la Gloria, y encontré la muerte
cuando ya no te ví.

¡Negros espacios; insondable abismo
mi alma atravesó,
y al fin como la tuya fué á encontrarse
en presencia de Dios...

y Dios al verme, dijo:—Tu grandeza
ya probada encontré.—

.....
Y yó por la grandeza de mi alma
—pues la tuya salvé,—

y tú sin culpas yá, porque mi sangre
de culpas te limpió,
del tal modo, nos vimos abrazados
en la Gloria los dos.



APUNTES.

I.

Un rico ha muerto; del oro
reluce el brillo en su caja.
¡Quiera Dios que al morir yó,
me den de balde una zanja!

II.

¡Pobre niña! Vá desnuda...
vá harapienta... tiene hambre.
Pobre de mí que no tengo
un poco de pan que darle!

THE HISTORY OF THE

CHAPTER

OF THE



EN LA PLAYA

Á CARMELA.

Vés ese mar que ruge desbordado
temblar haciendo la empinada roca?
¿Vés la luna de rostro nacarado,
como una reina de ansiedades loca,
que ya marchitas las facciones bellas,
huye tenáz tras el objeto amado
entre su cóрте espléndida de estrellas?
¿Vés esa arena movediza y suave
sobre la que tu pié blando resbala
y apenas roza cual rozara el ave
una flor de los prados con el ala?
Pues tan difícil es que tú comprendas
lo que estas frases á dictar me mueve
y de mi alma el misterioso arcano,
como es difícil que el pilar de nieve

que forma el hueco de tu hermosa mano
pueda niña, encerrar un solo instante
todo ese mar de inmenso poderío;
como es difícil que la luna amante,
—vertiendo lloro en perlas de rocío,—
pueda alcanzar al sol que la enamora,
más desolada cuanto más le llora;
como es difícil que los granos cuentos
de la arenas que pisas,
aunque el capricho de tu afan aumentes;
porque son las sonrisas
que hay en tu boca, poderosa valla
para contrarrestar las impresiones
de las tristezas y los desengaños;
¡quién habla de perdidas ilusiones
á una «mujer» que cuenta trece años!!!

El tiempo pasará, tú habrás crecido;
serás hermosa, esbelta; las mujeres
con relacion al físico estudiado,
por lo que son revelan lo que han sido,
como en tí se contempla revelado
lo que has de ser, por lo que ya hoy eres.
Vates habrá que verterán tesoros
de dulces armonías;
te ensalzarán en cánticos sonoros

y tantas galas hallarás en ellos
como al contarlas, hebras contarías
en tu régia corona de cabellos.

Cuando el mundo te rinda el homenaje
que á lo noble se rinde y á lo hermoso
y palpitante el seno pudoroso
que hará temblar el armiñado encaje,
guardian severo de esplendentes galas,
te remontes al cielo con las alas
de rosa y oro que el encanto crea,
pensarás en la vida y esos lábios
de encendido coral, que dan agravios
al mismo sueño que forjó la idea,
trémulos de emoción y de alegría,
—La existencia,—dirán,—bendita sea,
porque es un cielo la existencia mia!—
Y hará la luz ardiente de tus ojos
del agradable azul de oscuro cielo,
que á tus plantas el hombre esté de hinojos;
que son, Carmela, límpidos fanales,
de artífice divino egrégia palma,
entre cuyo espléndidos cristales
la esencia flota de tu vírgen alma.

Despues vendrá el amor, preludio triste
de una impresion extraña que enagena,
la más alegre que en el mundo existe,
y engendradora al par, de dulce pena.
Verás entonces, tu existencia grata,
vertiginosa, arrebatada, ardiente,
rápida, resbalar por la pendiente
que las dulzuras del amor retrata;
y cuando en tu cerebro, desbordado
mar se levante de ilusiones bellas,
y cual brotan del cielo las estrellas,
de lo profundo de tu pecho broten
llamaradas de amor apasionado,
que no engendre el liviano devaneo,
y vayan por un mar, entre bonanzas
tus ilusiones y tus esperanzas,
allá, donde se antoje á tu deseo...
muy lejos llegarás, con el ardiente
fuego divino de tu fantasía;
la gloria eterna olvidarás vehemente,
por la gloria fugáz de tu alegría.
Detén entonces el gigante vuelo:
en tí domine la razon severa:
si en el cielo te encuentras, niña mía,
¿querrás acaso traspasar el cielo!!!
no, porque entonces, tu ilusion muriera;
la luz á tu cerebro faltaría,
y entre inquietudes tristes y congojas
y viendo secas del candor las hojas

y en tu pecho librando cruel combate,
cuando ese instante de emociones llegue,
luz pedirás, aunque la luz te ciegue;
luz pedirás, aunque la luz te mate!

¡Ay! no lo dudes; la primera lágrima
entonces borrará de tu megilla
el carmin sonrosado,
y ¡adios! encanto de la edad sencilla;
la lágrima primera que derrama
la mujer, es el prólogo de un drama,
donde siempre el dolor es «actor sério»,
y el epílogo al par de una novela
de inocencia y misterio,
donde los personajes «más traidores»
son las risas, los pájaros, las flores!!!

Pero ¿a qué proseguir? tú eres dichosa:
mi lenguaje no entiendes, y me ufana
cuando de la inocencia al embeleso,
con esos labios de encendida grana
dices en tu candor:—¡Qué entiendo de eso!

Es que yo vierto llanto y tú sonrisas;
yo peco mucho, niña y tú no pecas;
yo recojo las flores que tú pisas...
pero al ir á besarlas ya están secas:
tú eres la luz, la vida, la esperanza:
yo la muerte que avanza;
tú eres la flor de perfumado broche;
tú halagas al hablar, yo punzo si hablo;
tú eres el día en fin, yo soy la noche...
¿Será que tras la cruz siempre está el diablo!
Yo no lo sé; pero mi mente augura
que así, cual de la vida en la aspereza
la mujer nunca deja de ser pura
hasta que sabe ya lo que es pureza,
yo no sabré si soy demonio ó santo,
hasta que el mal ó el bien conozca á fondo
y así mi vida se desliza en tanto.

—

Peró tú no hagas caso de estas cosas;
así me gusta verte:
deshojando tus dedos esas rosas,
que cual yo se «resignan» con su suerte:
¿muerte ó vida? ¡Sin duda que es lo mismo!
¡Pobres hojas de rosa ya agostadas!
¡Parecen ilusiones arrancadas
del corazón, cayendo en un abismo!



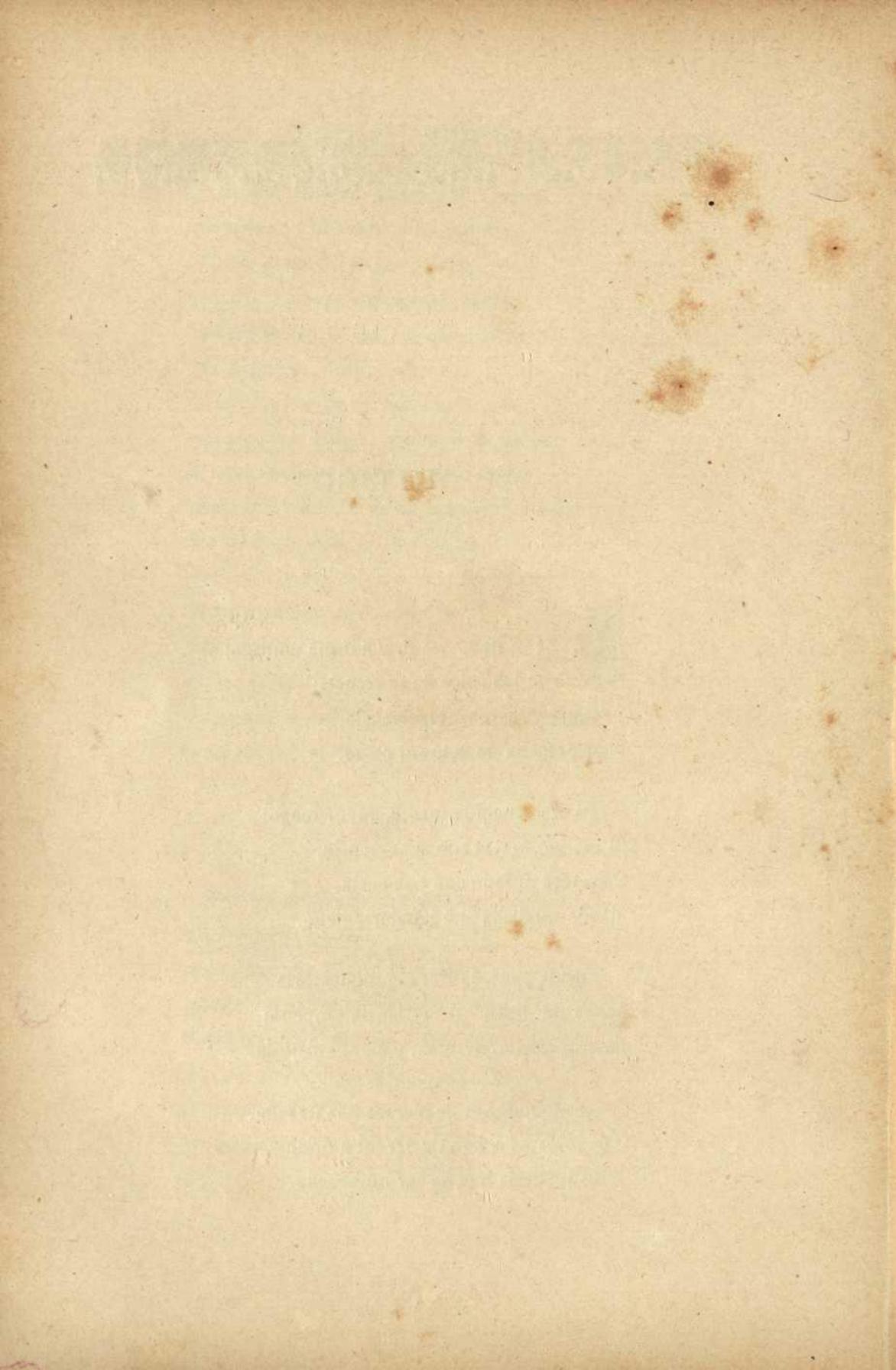
AL CRÍTICO.

Yo me postro ante tí, y á tí me entrego;
reflejen yá los soles de tu ciencia;
necesita de tí mi inesperienza,
cual necesita de la luz el ciego.

Tú eres cuchilla, azote, rayo, fuego;
el castigo lo das con la sentencia,
y acataré tu fallo con paciencia,
siendo mi dicha si á igualarte llego.

Tiende pués, la mirada inquisitoria
sobre mi libro, si tu afan se empeña;
destruye, tala, arruina, y en la «historia»

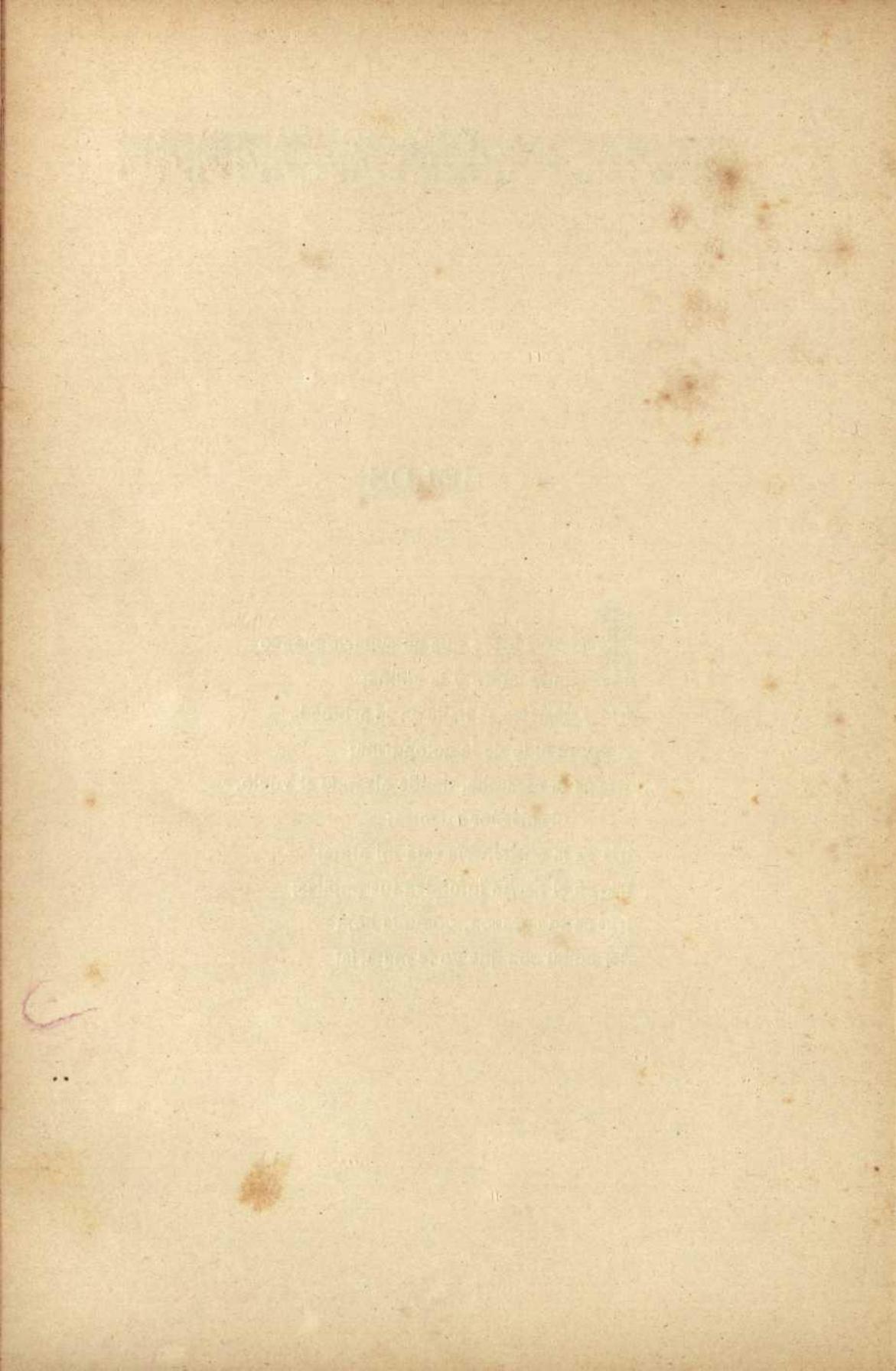
será el monton de versos haz de leña.
Tus injusticias han de ser mi gloria,
y tus justicias han de ser mi enseña.





CELOS.

Fría es la nieve que en sudario blanco
á la llanura cubre y la colina;
frío y desierto se halla en la arboleda
el pobre nido de la golondrina;
fría es la escarcha, donde alzando el vuelo,
el ruiseñor se mira;
fría es la noche; fría está mi alma;
frío en el pecho infunden tus pupilas;
frío es tu corazón, como la hoja
del puñal con que yo te mataría!





EL VIÁTICO

CUADRO ANDALUZ.

I.

Don Fulanito está malo,
vecina.

—¿Sí? ¡Qué desgracia!

¿Y qué tiene?

—No lo sé,
pero dicen que es extraña
su enfermedad.

—Ya lo creo;
ó á mí el criterio me falta,
ó en don Fulano es extraño
todo.

—Vecina, usted se halla
en lo cierto.

—¡Que si quieres!

No hay más que verle la cara.

—Justo, muy justo.

—Y los ojos.

—¡Que sí!

—¡Jesús, qué miradas
echan!

—Para eso, vecina,
fijese usted cuando habla;
¡qué vocejón!

—¡Pues y cuando
se rie...!

—No, que si anda!!!

—Y sobre todo, vecino,
cuando va á sonarse; saca
un pañolon tan regrande...

—Y que yo lo he visto.

—¡Vaya!

¡Con unos cuadros más raros!

—¡Y una cenefa más ancha!

—¡Y más chocantes los picos!

—¿Se ha fijado usted en sus gafas?

—¡Si tienen un cristal roto!

—¡Y son de armazon de plata!

—¿Y él no está en el pueblo?

—¡Cá!

se fué al campo, y de la casa
ya no le pueden mover:
se pondrá peor...

—¡Caramba!

—Yo lo siento; al fin, no es malo.

—Sí, que sería una lástima
que muriera.

—Vecinita...?

—Adios, vecino.

II.

—¡Qué ganga!

Abuela... abuelita... abuela...!!!

—¿Quieres callar?

—¡Qué alegría!

—Pero muchacho, no seas
machacon. ¡Siempre lo mismo!
—Si es que esta noche confiesan
á don Fulano...

—¡Gran pillo!

segun lo que eso te alegra,
no parece sinó, que
sus viñas y onzas heredas.
—Abuelita, yo soy pobre,
pero me gusta la fiesta;
y en cuanto saquen á Dios
para llevarlo á la hacienda
de don Fulano, y al cura

mire subido en la yegua,
al cortijo dirigiéndose...
¡si el gusto ya me marea!
Me voy á desgañitar
gritando, desde la puerta
de la iglesia hasta el cortijo;
y he de comprar dos docenas
de cohetes de los grandes
y un haz de cañas!

—¡De veras!

Así gastas el dinero
picaron, y no te acuerdas
de emplearlo en otras cosas
que te tendrían más cuenta;
anda, si eres un realengo
pillo; para que lo sepas.
—Pero abuela, si lo hago
mejor, porque la Josefa
se distraiga. ¡Pobrecilla!
como es mi hermana, me quema
la sangre verla tan triste,
y su pena me dá pena!
—¡Conque va contigo!

—Pues;

de otro modo, no tuviera
lance el asunto.

—Chiquillo:

eres la flor, la canela
de los nietos!

—Abuelita...

—Acabaré esta cenefa,
y me lavaré las manos
para ir con ustedes.

—Sea:

voy é llamar á Perico
porque con nosotros venga;—
y el chico sale que salta
como una cabra montesa
y gritando: Pin...! pan...! viva...!
Tararí...! pun...! Viva la abuela!

II.

—Vecina, mucho cuidado;
hay tantos pillos ahora!
—Pues á los pillos se pillan.
—Y donde las dan las toman.

.....

—Ya sale, abuela, ya sale.
—¡Calla, demontre!

.....

—Me ahoga

el calor con tanta gente.
—Pues debe usted ser dichosa
de encontrarse acalorada.

—¿Por qué, Perico?

—Pues toma!

porque á su carita vuelven
aquellas tintas de rosa,
que otras veces envidiaban
las chicas del pueblo todas.

—¡Ay, Perico!

.....

—Vecinita;

ahí... detrás...

—Ah! sí, la tonta
de Josefa. ¿Con quién habla?

—Con Perico.

—Qué dos posmas!

—Miren la mosquita muerta!

—¡Si, mosquita! ¡Moscardona!

.....

—¿Pero qué está usted diciendo,
Perico?

—Que me acongoja
ver á usted siempre tan triste;
usted tiene alguna cosa
guardadita en ese pecho;
pues otra á mí me sofoca,
que se me entró de rondon
en el mio, y que me agobia,
y me alegra, y me entristece,
como la luz y la sombra;
con que salgan las dos fuera...

y aquí paz y despues gloria...

—Perico!

—¡Josefa!

.....

—¡Abuela...

—¡Anda con el diablo!

—Ponga

usté atencion, que ya viene;

una luz Perico, toma:

y tú, Josefa, la tuya;

vaya, abuelita la otra

y encienda ustedé, que esos dos

se encienden solos; y ahora

¡viva! un cohete: sschs... Pum!

Otro! Qué mala es la pólvora!

.....

—¡Josefa, si ustedé es mi alma!

.....

—¡Este nieto me disloca.

.....

—¡Qué cosas se ven, vecino!

—¡Ay vecinita, qué cosas!

.....

.....

IV.

Con paramentos bordados,
que sederías adornan;
de raso fino la manta;
las estriberas lujosas;
conducida de la rienda
por alguna buena moza
ó por un mozo del pueblo,
vá la mula donde monta
el sacerdote, investido
de las rituales formas;
vá tranquilo y sonriente;
vá tranquilo, porque goza
los privilegios sublimes;
las primicias de la Gloria;
vá sonriente y tranquilo;
la materia pecadora
se aparta de él, al llevar
entre sus manos la hostia
divina, que el pensamiento
entristece y la memoria,
porque recuerda á Jesús
crucificado en el Gólgota:
—Que se aproxima, que viene,—

gritan todos;—y se arrollan,
y se empujan, y se agitan,
por la manera más cómoda
de ver á Jesús divino
que á la santa iglesia torna.
Ya adelanta el sacerdote,
de multitud de personas
rodeado; ya penetra
por el pueblo, y cuando arroja
la campanilla de plata
sus acompasadas notas,
á esta señal, encendidos
con rapidez asombrosa,
se elevan grandes hachones,
cuyas luces tembladoras
un cuadro hermoso iluminan,
que el alma contempla ansiosa.
Las colgaduras que penden
plegadas y crujidoras
á los impulsos del aire;
las cañas de verdes hojas,
que en los espacios se elevan
ondeando caprichosas:
y los pañuelos que mueven
y las banderas que flotan
y las flores que perfuman
y los ancianos que lloran
y los chicuelos que rien
y los mozos que retozan!!

¡Cuánto mantón de Manila
que encubre gallarda forma:
cuántos ojos que arrebatan;
cuánta purpurina boca;
cuántos hechizos reunidos;
cuánta sencillez y pompa;
cuántas cabelleras rubias
ó negras, que prenden rosas,
como los rayos del sol
besándose con la aurora,
ó como en la negra noche
la luna rompe las sombras!

V.

Ya camina, ya camina;
ya ha penetrado en la plaza,
y descargan escopetas,
y gritos doquier estallan
y ya resuenan las músicas
y arden luces de Bengala
y disparan los cohetes,
y luego á la tierra bajan
sus chispitas brilladoras,
como estrellitas de plata;
como estrellitas de oro;

como celestiales lágrimas
vertidas por aquel Justo,
que al suplicio se entregaba,
por verificar amante
la redencion de las almas!
Más camina, más camina;
más avanza, más avanza
veredita de la Iglesia:
ya llega: ya descabalga
el cura, y bendice al pueblo,
y entra en la santa morada;
y más resuenan las músicas
y el pueblo más se entusiasma
y arrojan ramos de flores
y repican las campanas.
¡Qué de voces; qué de gritos!
¡Cómo se empujan y andan
y se aglomeran y vuelven!
¡Cómo cejan, cómo avanzan..!
Pero ya suena otra vez
la campanilla de plata,
y ya las músicas cesan,
y ya las campanas callan,
y las colgaduras quitan,
y los hachones apagan,
y los gritos se concluyen,
y queda sola la plaza,
y ya de nuevo la sombra,
como reina soberana

de la noche, cubre el pueblo
que yace en tranquila calma.

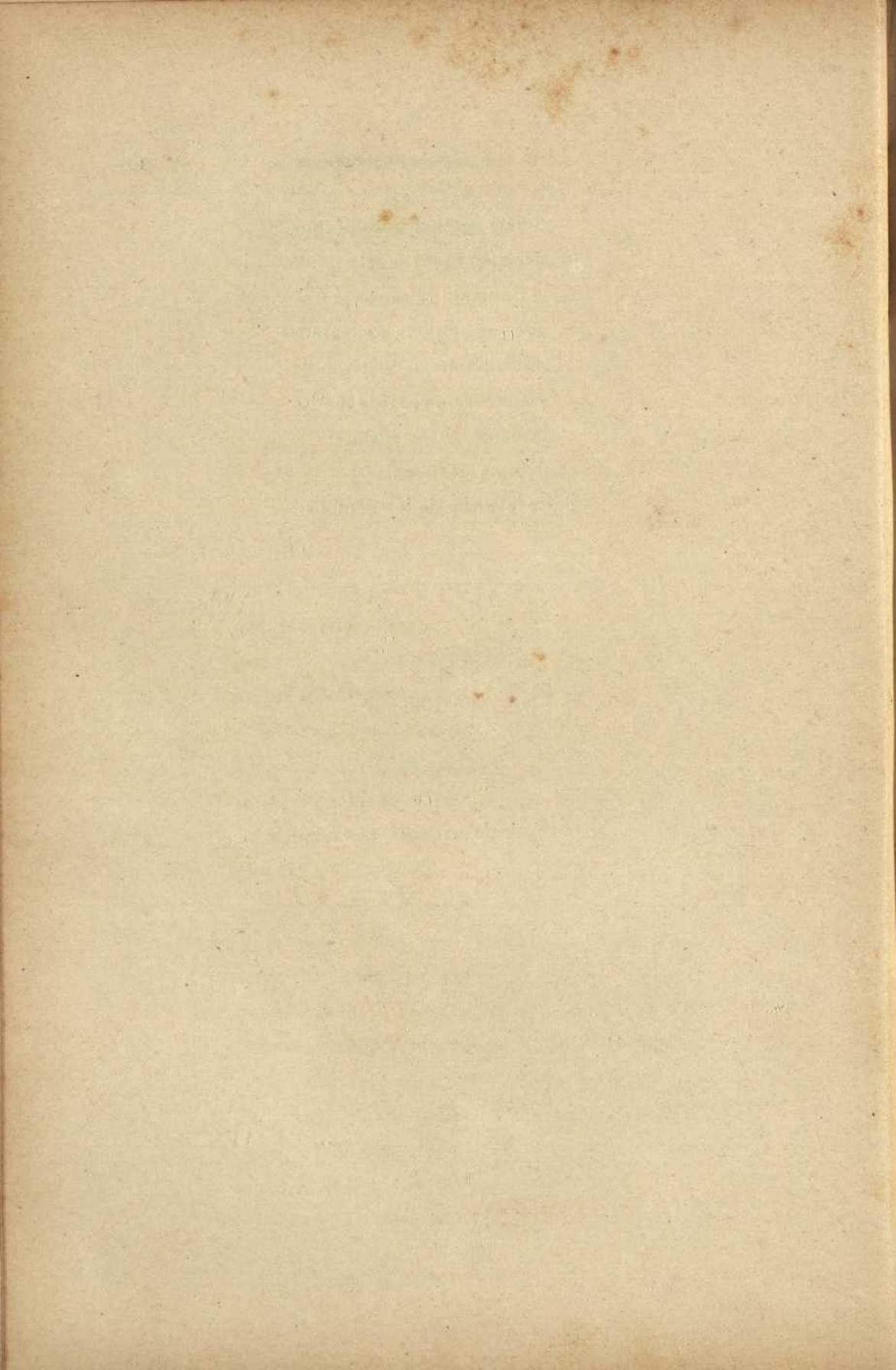
.....
.....

VI.

—No me estraña tu pregunta;
tu eres aquí forastero
hijo mio, y no comprendes
lo que significa esto.

Esa alegre ceremonia,
es recordando aquel hecho
de las sagradas leyendas,
en que el divino Maestro
penetra en Jerusalem.
Son numerosos los pueblos
de estas comarcas, que siguen
tambien el sencillo ejemplo,
cuando en el campo es preciso
administrar á un enfermo,
y más aún, las aldeas
de Levante; las de cielo
puro, como la alegría
bondadosa de los buenos;
esas campiñas alegres,

donde apartados los pechos
del gran bullicio del mundo,
el tranquilo pensamiento
goza en cumplir las sagradas
tradiciones, que vivieron
y aun viven, como la luz
brillante, cuyo reflejo
ilumina las tinieblas
de la noche de los tiempos.





DESPIERTA.

Luce la aurora, las nieves caen,
el día empieza y el sol avanza!
¡Los soles arden, y aún no destellan
los de tus ojos, luz de mi alma!
Abre los ojos, bendita vírgen,
y con tus dedos de rosa y nácar,
vé separando los rizos negros
que no te dejen mirar mi carta.

Despierta alegre, cielo sin nubes
del que te adora con locas ansias;
despierta y oye, que tu poeta,
loco de afanes, su amor te canta!!!

Cuando del todo mi carta leas;
cuando saludes á la mañana,
sueña despierta, con la alegría

de que tu imágen llevo grabada
dentro del pecho, como la estrella
que en negro cielo sus rayos lanza;
que tengo besos para tus labios;
para tus penas, que tengo lágrimas;
para tu pecho, pasion divina;
para tu encanto, flores y galas,
y dí—Soy tuya; te pertenezco;—
pero ya sabes, en voz muy baja;
¡como un suspiro! como una queja!
¡como en el templo santa plegaria!
Y si tu anhelo forjado hubiese
de imágen mia grato fantasma;
si es que me viera tu pensamiento
por los espacios cual sombra vaga,
besa los pliegues de aquella sombra:
besa el encaje de tu almohada;
besa los tules de tu albo seno;
besa tus flores, besa tus gasas,
y hasta los rayos de luz que filtren
por los calados de tu ventana:
que si mi alma, siempre adorándote,
llena el espacio donde te hallas,
en donde quiera que dés un beso,
el beso amante dará en mi alma!!!



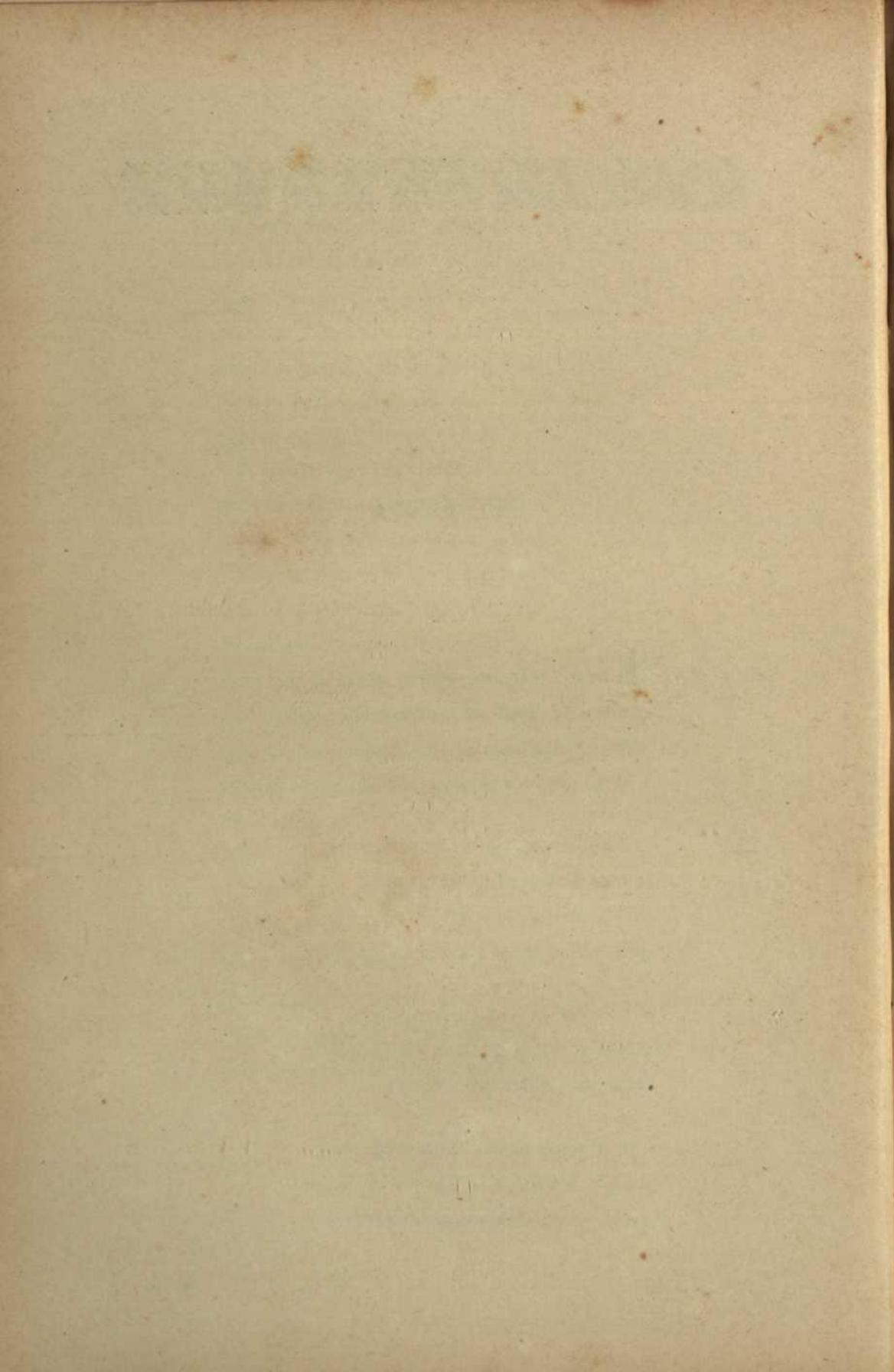
POLONIA.

Lázaro, resucita!—y á la santa
palabra de Jesús, el cuerpo frio
vida recobra, animación y brio,
y de su tumba el muerto se levanta.

Tu libertad murió; su gala tanta
la hizo pedazos huracán bravío;
¡fué la divina perla del rocío
que seca el sol al abrasar la planta!

Al cadáver tus hondas agonías
pusieron flores, pero se han secado:
enlutadas están las alegrías,

y el sentimiento vela acongojado,
sin que levante al «Lázaro» un Mesías...
por no morir después crucificado!





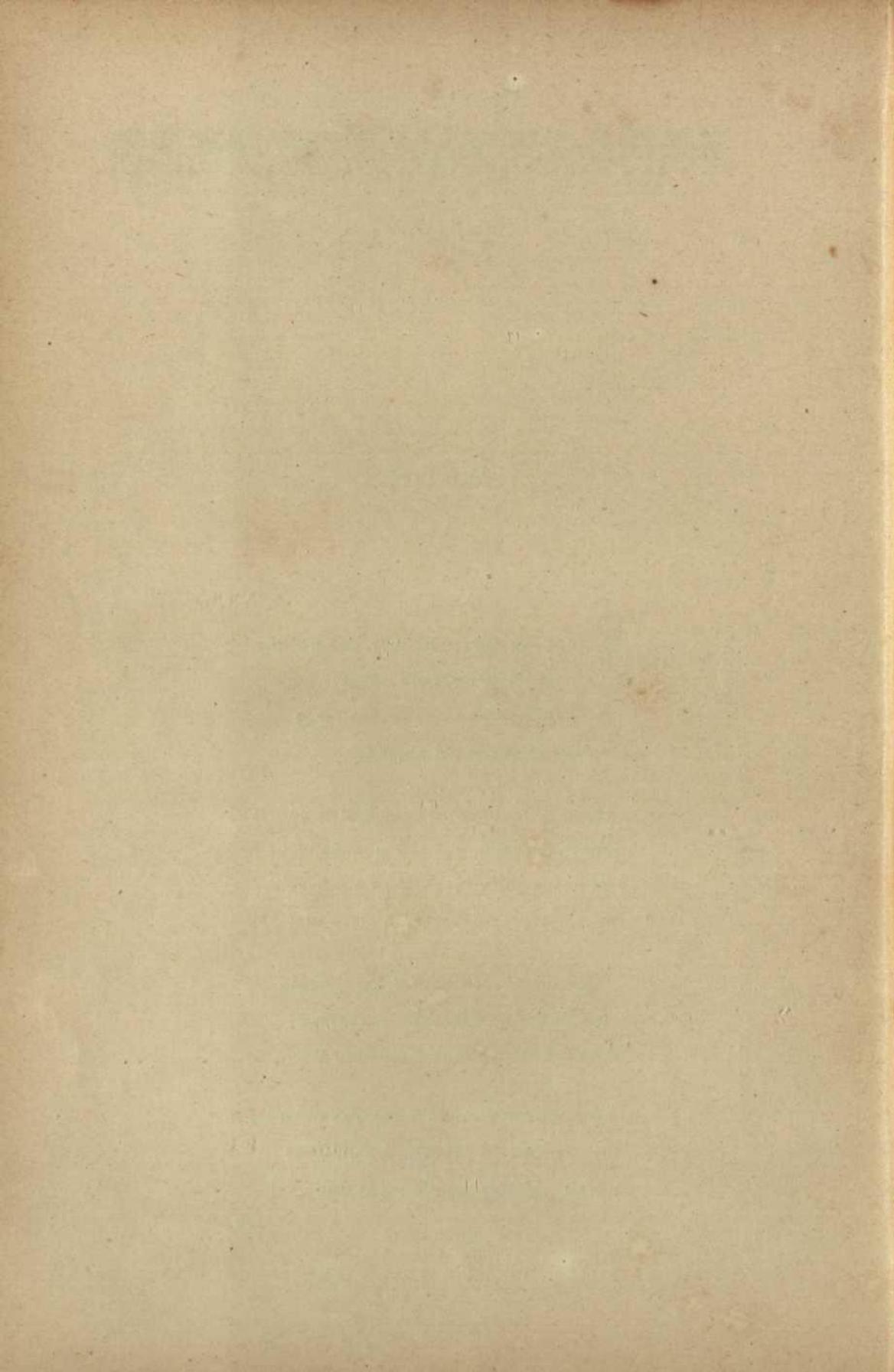
MADRE.

Siempre te miro, siempre, madre mía,
de tu vida llevar la triste carga
y por tu santo amor es menos larga
y menos dolorosa mi agonía.

¡Qué no te quiero dices! ¿Quién podría
asegurar la duda que te embarga,
si tú haces dulce mi existencia amarga?
¡Si conviertes mi noche en claro día!

¿Qué no te beso nunca? Lo confieso,
y que llegue á besarte nunca esperes
aunque dudaras de mi amor por eso.

¿Por qué mis besos y caricias quieres,
si te pondrá una mancha á cada beso
la boca que han besado otras mujeres!





ELISA MENDOZA TENORIO.

I.

Habla, y al hablar, su acento
es una nota suave
y es el arrullo de un ave
y es un gemido del viento.
Es la voz del sentimiento
y el eco de la dulzura;
es la misteriosa y pura
queja del viento á la flor...
bendito beso de amor
sobre un cielo de hermosura.

—

Es el caudaloso rio
que salta de breña en breña;
la roca que se despeña
con el torrente bravío.

Es el loco desvarío
que en la mente se desata,
y es la grandeza insensata
que el alma agobia pujante,
y es el estruendo gigante
de la ronca catarata.

—

En pradera de azucenas,
roja nube de amapolas;
del mar hirviente, las olas;
del bardo, las cantilenas;
llanto alegre, dulces penas,
sol sin nubes, iris bello,
en la mirada el destello;
en el alma fuego santo;
en su figura el encanto,
y la noche en su cabello.

—

Color y luz y armonía;
nota vaga, queja leve,
y en fin, lo que no se atreve
á soñar la fantasía.

Yo no sé si el alma mía
de loca ansiedad en pos,
al encontrarnos los dos

y oírla en mi anhelo fiel,
se rebajó hasta luzbel
ó se levantó hasta Dios.

—

En su mirada que encanta,
se vé un mundo de fulgores;
un coro de ruiseñores
escúchase en su garganta;
y así, si mira ó si canta,
son sus ojos ideales
y sus trinos celestiales,
«puñales» que el pecho hieren...
y cuántos y cuántos mueren
al golpe de estos puñales!

II.

Viendo la dulce ilusión
de su hermosura y su encanto,
y del Arte, el fuego santo
que inflama su corazón,
en larga meditación
mi pensamiento y memoria,
¿qué grandeza es más notoria
—clamo con voz insegura:—
la gloria de su hermosura,
ó lo hermoso de su gloria?

Dos ecos bien desiguales
entonces siento vibrar:
los dos contestan al par;
los dos se muestran rivales.
Y en estas horas fatales,
mi mente en vano procura
hacer distincion segura,
pues sin rendirse ninguno,
—¡Su gloria!—contesta uno;
mientras otro:—¡Su hermosura!



EL ATALAYA

AL ILLMO. SR. MARQUÉS DE PREMIO REAL.

Un castillo de esbeltos torreones,
de sombrías y grandes barbacas,
de fosos anchos, levadizos puentes,
y saeteros, almenas y murallas,
entre cuyas verdosas hendiduras
salvaje vive la silvestre planta.
Lóbrega noche, pavorosa niebla,
copos de nieve que á la tierra bajan,
huracanados vientos, negras nubes
que en girones se parten, cual si el hacha
de furioso titán, uno tras otro
contra el cielo sus golpes descargára;
la exhalación que vibra y serpentea;
el trueno que trepida y ruge y brama,
y entre rayos y trueno y aquilones,

crujir haciendo las lucientes armas,
en el negro tabardo rebujado,
y en la niebla filtrando la mirada,
sobre la plataforma del castillo
dá esta canción al viento el atalaya

Señor que eleva triunfante
y altiva la frente ufana,
y por lo bravo y pujante
y lo gallardo y amante,
le adora su castellana:

Quien de ricas-fembras vino
y de nobles infanzones,
brindándole así el destino
con encanto peregrino
de alegrías y canciones:

Quien con fausto y oropeles
—por condiciones más bellas—
tiene en su escudo broqueles
y serpientes y laureles
y coronas y doncellas:

Quien en su crónica, á sábios
pudo reunir de Castilla,
«é non mienten los suslábios,
»é non infieren agravios
»que desfacer luego humilla.»

Quien de Huelva en los solares
puede fincar altanero,
señor de vida y hogares,
con feudos y con juglares,
trovador y caballero:

Quien tiene para más brio
de su cumbre y su nobleza,
de Paterna el señorío,
y es en Castilla valío
y es valío en la grandeza:

Quien henchido el corazon
de alegrías venerandas,
puede gritar sin pasion:
—Publica aqueste blason
lo ilustre de los Mirandas! (1)

Yó, tu cronista y juglar,
rindiéndote vasallaje,
quiero esta trova cantar,
sentida como en el mar
cuando arrulla el oleaje.

Y al par de noble y sentida
por la fé que me avasalla,
y para darte más vida,
que retumbe enardecida
como el huracan que estalla.

Señor de triste sonrisa,
que de tu gloria olvidado,
la frente abates cuitado
y se enmohece tu arnés;
vén, que la Francia te reta:
vén y verás, á los fieros
empujes de tus guerreros,
huir al valiente francés!

Vedle allí; la frente adusta
y la mirada sombría,
preso de melancolía,
el que es en la guerra Cid.
Más de pronto grita fiero,
con indomable pujanza:
—Un caballo y una lanza!
Mis valientes! A la lid!—

Se oye la voz que retumba
en toda la fortaleza;
ya la confusion empieza,
y aumenta la confusión:
estrecha el conde á su dama;
le visten sus escuderos;
le traen sus palafreros
fuerte lanza y buen bridón.

Á la guerra! No es de nobles
que un infanzón de Castilla,
cubriéndose de mancilla
esté en mullido diván,
y se hagan otros pedazos
como indómitos leones,
cuando en sus nobles blasones,
bordadas tus armas ván.

Ya marcha; ya con estrépito
cruje al bajar, el rastrillo;
la poterna del castillo
despide, como feróz
occeáno que se desborda,
á las huestes aguerridas,
cnyas corazas bruñidas
arrancan besos al sol.

El conde, volviendo el rostro,
clava la ardiente mirada
sobre la torre almenada
que vá dejando tras sí.
Vistiendo sério atavío,
pálido el bello semblante,
y despidiéndole amante,
su castellana está allí.

Ya no correrá los cotos
del estenso señorío,
sobre el alazán bravío
que piafa de placer;
rezando, mientras resuenen
los salmos en la Abadía,
recordará la alegría
de su embeleso de ayer.

¿Quién, cuando brille la aurora
con túnica de arboles
y bella risa de soles
y ambrosías de la flor,
la despertará, posando
sobre sus divinos ojos,
beso de paz y de antojos
y de dulzura y de amor?

.....
¡Bravo conde! bravo conde!
en ristre lleva la lanza
y con sus bravos avanza,
irritado el corazón:
y es en el campo, el ejército,
de acero rugiente ola,
que se agita y tornasola
con gigante rotación.

Ya llega; ya se dan vista
el francés y el castellano;
pronto se verá en el llano,
de sangre rojo tapiz;
que si es valiente la Francia,
tambien Castilla es valiente,
y á Castilla tiene enfrente
la famosa flor de lis.

Para cada veinte condes
de esos francos altaneros,
con uno de tus guerreros
solamente ha de bastar;
pues dicen crónicas viejas,
que el más valiente se humilla,
cuando el pendón de Castilla
se vé en los aires flotar.

La lucha empieza; ya late
el pecho entre la coraza;
con fúria Francia rechaza
al castellano leon;
vibra la trompa guerrera,
retumba el clarin agudo,
y salta roto el escudo,
y el ginete, del arzón.

Piafa el alazan, tascando
las riendas ensangrentadas;
indómitas, las mesnadas
á morir enteras ván;
y hasta parece que rugen
las entrañas de la tierra
al retemblar de la guerra,
como estallante volcan.

¡Sus! al arma! bravos hijos
de Castilla la famosa!
ruja la sangre fogosa
que os hace latir la sien!
y rabiosos y pujantes,
y sin cansar vuestros brazos,
caigan, á golpes de hachazos,
las cabezas de cercén.

Céjan unos, vuelven otros;
la dura lanza está rota;
ya los bravos, por garzota
llevan sangre en el crestón;
y desbandadas, se rinden
entre sus rotos paveses
las legiones de franceses,
al castellano leon.

Castilla! tiembla de orgullo! -
Conde, vuelve ya á tu tierra,
y vaya el botin de guerra
á tu mansión señorial;
que la fecha de este dia,
cuyo esplendor avasalla,
en tu casco de batalla
grabaré con un puñal.

Al llegar á tu castillo,
clava la ardiente mirada
sobre la torre almenada
que encontrarás ante tí.
Vistiendo sério atavío,
pálido el bello semblante,
á su esposo espera amante
la noble condesa allí.

La que cuando triste gime,
parece que el sol se esconde;
la que disipa en el conde
de la tristeza el capúz;
la que alegra con sus ojos
aquellos antros feudales,
como en sombríos fanales
bendito rayo de luz.



La que formó Dios divino,
con nácar y rosa y nieve;
la que á su cintura breve
ciñe pulido brial,
y níveo copo de espuma
le puso Dios en la mano,
conque al conde castellano
bordó su pendón feudal.

La que pálida de insomnio,
tras de la ojiva calada,
espera allí enamorada
la vuelta del campeón;
para ella perdió el encanto
la cristiana golondrina,
que teje con fé divina
su nido en el torreón.

Y de noche cuando ruje
azotando las almenas,
como cánticos de penas
el furioso vendabal,
llorará la ausencia triste,
de su conde idolatrado,
en el lecho blasonado
de la cámara condal.

En tanto, la aurora hermosa
despierta con embeleso;
como refulgente diosa,
espléndida, casta rosa
que Dios abre con un beso.

Y mientras al albedrío,
con grata sonrisa leve
y para régio atavío,
pone perlas de rocío
en su túnica de nieve,

con vagoroso concento
que ya doliente desmaya,
entre las notas del viento,
se pierde como un lamento
la canción del atalaya.

